

# EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, AGOSTO 21 DE 1898

NUMERO 8



—La paz, niña, con las últimas noticias de la guerra.



## LA SEMANA

Dicen por ahí que el animoso parlamentario Don Juan Mateos escribe la historia de la guerra hispano americana para apoyar una iniciativa que se propone encomendar á la deliberación del próximo Congreso constitucional. Entretanto, abre una campaña periodística contra el ciclismo, denunciando los inconvenientes que trae aparejado el nuevo sistema de locomoción. La bicicleta, sin embargo, debería ser simpática al Sr. Mateos por la influencia social que le reconocen los demócratas del Viejo Mundo, (los del Nuevo Mundo no son tan sutiles para preocuparse por esas minucias). Antes no había en Europa puntos de contacto entre los nobles y altos burgueses y la gente llana; cada casta conservaba sus placeres y sus medios de locomoción exclusivos: el rico tenía caballos de raza y cupé muelle, mientras el pobre caminaba á pié ó en la imperial de un ómnibus; ahora todo el mundo pedalea fraternalmente, menos los curas. Ha visto el Sr. Mateos un cura en bicicleta?

Los apasionados del *arte nacional* están gozosos por el próximo estreno de la *Vecindad de la Purísima*, cuyo autor es al mismo tiempo empresario del Teatro Arbeu. Por definición, un empresario es ó debe ser un psicólogo de la multitud—necesariamente heterogénea—que forma su público, y esto hace dos veces delicado el problema cuyas incógnitas son las incertidumbres del autor que presenta una obra nueva, cuando ese autor está al mismo tiempo interesado en satisfacer á su clientela. Dejemos al público y al empresario, sin anticipar sucesos, y pues mutuamente se conocen, uno y otro sabrán ya si la *Vecindad de la Purísima* es la obra ideal que prometen estas dos palabras, fanáticamente asociadas á un sentimiento de patriotismo místico, *arte nacional*. El traído y llevado *arte nacional* ha inspirado ultrajes plebeyos contra este otro señorón de propapia que se llama, con sencillez de aristócrata verdadero, el Arte.

Pero esta es una palabra que se dispersa en mil combinaciones. Hay arte de Cúchares y arte. . . Yo no sé como se llama el arte que cultivan y explotan los pelotaris. He leído la *historia de un pelotari* de Pierre Loti y el tipo es interesantísimo; pero moviéndose en el escenario de las aldeas pirenaicas, en las riberas del Bidasoa que ritma con el murmullo de su corriente las canciones primitivas que repiten aún los vástagos de esa raza de aventureros y soñadores. Tipos de opereta que aparecen como desteñidos en las avenidas de las grandes capitales, en donde pierden el atractivo literario y pintoresco de aquella patria legendaria. Pero los que asisten al Frontón no son contemplativos ni van en busca de emociones librescas, los atrae el exitante de la apuesta, como en el *turf*, de una estética tan complicada y exquisita. En el juego de los pelotaris pierden á veces los dos partidos, cuando hay por ahí algún corredor que desaparece con las apuestas.

La visita del General Pando y su breve y furtiva estancia en nuestra capital, señalan un aspecto adyacente, pero curioso, de la guerra. La psicología de esos hombres poseídos de una pasión que lleva al arrebatado delirante y que desquicia los espíritus, interesa más que las charcas rojizas en que espiran los combatientes. ¿Qué tempestad de odios y de ambiciones, de quiméricos sueños y de insanias habrá deshecho en los arrecifes del delirio al bravo general que abandona sus bizarras columnas para precipitarse quizá en las empresas imposibles de la conspiración? Sus facciones alteradas, la incoherencia de la frase y la obsesión política, asomándose en cada palabra, acusan la ruptura de la dinámica mental. Aún hay hombres ofuscados por los irreales vasallajes de la utopía que sustraen las fuerzas de su espíritu á los imperativos del deber; no saben, no pueden encauzarlas en el raudal de las aspiraciones generales de nuestro tiempo. La desviación de las falsas perspectivas históricas, hace como si á este hombre le fuera necesario de una patria cubana, desprendida del señorío de España, pero extrínseca y hostil al norte americano. ¿Irá á coronarse rey ó á proclamar una dictadura es-

pañola en la isla desprendida de la dominación ibérica? Una víctima más del fanatismo, que ha arribado á nuestras playas hospitalarias, para dejar tal vez en ellas sepultada la última creencia de su vida.

Churubusco congrega á un pueblo que en el jubilo despertar de la esperanza no olvida los días lúgubres. Hay un acto de valor en esta conmemoración de los desastres nacionales; los triunfos engríen y envanecen el espíritu siempre infantil de los pueblos, y la derrota es una enseñanza que restituye á la razón sus fueros y al carácter sus bríos. No fueron nuestros muertos, mártires de la patria; hay en su sacrificio algo más grande y algo más triste que la inmolación estoica al deber. Perecieron sacrificados impiamente por los revoltosos de todos los partidos, que incapaces de ese análisis concienzudo de la responsabilidad que implica la dirección de un pueblo, nos arrojaron á una guerra que pudo evitar la prudencia y hacer menos funesto el patriotismo. Sin la fuerza cohesiva de la organización, un pueblo no puede luchar: luchamos sin jefe ni concierto, y fuimos vencidos. La memoria de esas hecatombes inútiles, y por inútiles criminales, inspira los alientos con que caminamos hacia un porvenir fecundo y pacífico. El quijotismo batallador está desacreditado para siempre.

Mátala! ha dicho el dialéctico más hábil entre todos los que modelan la materia plástica de las altas cuestiones del alma con un fin estético más que moralizador. Para el simplista y genial signatario de la epístola sobre «La cuestión del divorcio» ha habido sólo una solución extrema: la que se condensa en el crimen pasional más execrable. Una mujer que cae, no es siempre el ser abyecto y monstruoso que cede á los impulsos satánicos de una fisiología anómala. A veces la culpable ha sido víctima y el vengador la ha corrompido, la ha impulsado al olvido del deber. ¿Luego el perdón resuelve el drama trágico en una expiación que redime? No, y en esto el mágico poeta del *Nabab* es tan iluso creyendo en la fuerza salvadora de la misericordia, como el que pone en la mano del esposo engañado el revólver asesino. Expúlsala! Aconseja el analista del *Discípulo*.

Si al menos llevaran los hombres una teoría, buena ó mala, cuando sienten sobre su cráneo el desplome de todas las ilusiones. . . Pero qué principio filosófico enlazará en un haz de resoluciones lógicas la conducta del loco que sigue, alazar de todas las imprevisas sugerencias de la pasión, la ruta de sus desencantos? La sociedad tiene el derecho de ignorar esas teorías puesto que el delincuente las olvida y por esto no hay piedades pusilánimes ante la necesidad del castigo, ni el Otelo feroz modera sus ímpetus en la camisa de fuerza de una filosofía de perdón ó indulgencia. Entre el hombre de pensamiento que fábrica códigos de moral y el insensato que persigue á la mujer desleal, y la injuria, y la abofetea y la mata, habrá siempre infranqueables abismos de ignorancia, de heredismo criminal ó de locura. Dejemos al pensador sus ideas y seamos rígidos con el criminal. Es la fatalidad humana.

Otro drama quizá menos aparatoso que el de la Piedad, el encarcelamiento y la deshonra del joven cajero de una Compañía. *Es esta una vieja historia*, siempre nueva. ¿Qué es entonces la honradez sino una *resultante*, casi mecánica, de contrarios impulsos? Ese joven era honrado, merecía la confianza de sus jefes; pero un día, por descuido, pierde fondos ajenos y para pagar el déficit desnivela su presupuesto, contrae deudas y sacrifica su bienestar. Y en tanto que su familia carece de lo necesario, la caja de la Compañía está repleta de billetes, toma uno, lo aventura en la casa de juego y la suerte no le favorece; vuelve por otro, y otro, hasta abrir en sus cuentas una brecha que no se oculta. Por insensible deslizamiento ha llegado al delito una probidad ayer innegable; del delito á la cárcel y después. . . ¿quién tiende la mano al que *una vez* ha delinquido?

Dick.

## En Tierra Yankee

### NOTAS A TODO VAPOR

#### La postrer jornada

No había más remedio: yo he sido siempre hombre muy formal, hasta cuando fui poeta—sabido es que en los poetas la informalidad es profesional, y á fuer de formal tenía que cumplir mi compromiso de abrir un período de exámenes de historia el día cuatro de Noviembre y el día cuatro de Noviembre debía estar y estuve en México—me fué imposible arrastrar en pos mía á mi inmejorable compañero de viaje y dejar de visitar *Pullmann City* ciudad-fábrica, que deseaba ver desde que el excelente Doctor Liceaga me hizo una pintura admirativa de ella, á la vuelta de su primer viaje á estas comarcas en compañía del General Díaz y su familia.

No había más remedio; nos despedimos del amabilísimo Felipe Berriozábal que nos había acompañado de una estación á otra, dentro de Chicago misma y adelante.

Entré valientemente en mi camarote con ánimo de dormir Pero como no se duerme con el ánimo (¿con qué se duerme?) me entregué á la contemplación del paisaje que pensaba, porque apenas se veía, gracias á una luna pudorosamente arrebujada en los primeros celajes del invierno. Y la tela sin fin que se desarrollaba ante mis cristales era tan igual, tan igual, tan igual que acabó por hipnotizarme; praderas sin término, como que el Illinois ha sido llamado el Estado Pradera.

¿Praderas sembradas? ¿cultivadas? Supongo que sí; á veces pasábamos un puente, de improviso cruzábamos un charco, laguneta ó cosa parecida sobre grandes estacas; acá y allá parecía que la luna había dejado caer un trozo de su cristal al suelo, era nieve congelada desde el día anterior. Grupos de farolas eléctricas manchaban de luz la oruma y con la rapidez de nuestra carrera las veíamos formar ruedas en movimiento, girándulas fantásticas de brillo lastimador. Esta llanada inmensa del Illinois con su cintura de lagos y de ríos, es un granero inagotable en el suelo y un hullero inacabable en el subsuelo; el territorio de los Estados Unidos, me decía yo casi durmiendo, podía representarse por una serie de billetes de lotería premiados con el premio gordo. . .

\*\*

Desperté corriendo en línea recta hacia el Missouri rumbo á Kansas City; lo que había entrevisto en la noche, lo veía ahora y seguía no divirtiéndome. Aquel paisaje suculento, me parecía una enorme foja de expediente de estadística hecho más bien con datos que con colores, un paisaje de economía política, en fin. Sólo Bulnes con su prodigiosa fantasía ha podido encontrar el modo de hacer pintoresca la estadística y fingir policromías orientales con columnas de guarismos; en cambio, un poeta de *fond en comble*, Luis Urbina, hace años que se bate con las sumas de la sexta sección del ministerio de Hacienda, sin poder hallarles consonante. Estos gravísimos pensamientos me traían por fáciles asociaciones de *ideas* el recuerdo de la Patria.

El Señor Romero había tenido la bondad de enviarme periódicos de Méjico que aún no leía yo. . . Lo hice con cierta emoción. ¿Y cómo no? En uno de ellos me encontré un discurso de un mi antiquísimo amigo, en que me retrataba, digiriendo mi suerdo de flamante magistrado á orillas del Niágara. . . Por más que esté uno acostumbrado á estos afectuosos recuerdos de los amigos, aquel me trajo las lágrimas á los ojos.

Pasamos el Missouri; á nuestra vista, un poco lejos, estaba Kansas City, una ciudad doble que está parte sobre el Missouri y parte sobre el Kansas; que nació ayer y nació de golpe con sus edificios, sus fábricas, sus tranvías, sus *rastros* que rivalizan con los de Chicago, etc. ¿Queréis, lectores, que os las describa? Nada más fácil; aquí á mano tengo una buena descripción hecha por un viajero, y *Kansas City* es muy conocida por los *touristas* mejicanos. Pero yo no la ví, sino de paso: *Kansas City*, nos dijo el negro que nos servía en el carro-comedor. . . ¡Ah! . . . Hasta luego, repusimos y seguimos comiendo. De esta prosaica manera pasamos por el centro geográfico de los Estados Unidos, por el ombligo de la Federación, como habría dicho Esquilo.

\*\*

Un amigo mío decía que percibía el movimiento de rotación de la tierra y que eso lo tenía neurasténico, (no se decía así cuando vivía mi amigo, pero esto me quería decir) y cansado de la vida. Ya lo creo: me figuro su tormento, pensando en el suplicio mío; tengo á la vista un paisaje que no dice nada, un cielo de acuarela de principiante y una luz cualquiera, una luz chillona y dominguera sin carácter, sin estilo, sin chiste. Y vamos corriendo, corriendo, corriendo por este desierto sin dignidad y sin gracia, y hasta sin melancolía, y así, inmóviles y moviéndonos furiosamente á la vez, sentimos que el fastidio nos lleva al idiotismo, quisiéramos parar, quisiéramos correr por nosotros mismos, digámoslo así, quisiéramos no asistir á este implacable desmenuzamiento de nuestra personalidad en el espacio, en la distancia.

El tren seguía devorando millas, mascándolas con sus enormes mandíbulas de fierro, cuyo chocar perpetuo nos dilaceraba los nervios digiriéndolas y excretándolas instantáneamente en forma de solitaria sin fin



dobladillada de acero. Por el día, casi blasfemando decía yo: ¿nos pararemos, con mil diablos? Y por la noche, cuando volvía á la conciencia de mí mismo después de algunos momentos de entresueño, clamaba yo: ¿nos pararemos, Dios mío? Y era la voz que clamaba en el desierto.

Cuando amaneció el día de muertos, la forma de los cerros indicaba la proximidad de las montañas; allí estaban efectivamente y si hubiera tenido humor de ver algo, las habría peribido desde que pasamos el Arkansas y llegamos á las Vegas, en Nuevo Méjico. Yo no cambio las montañas por la mar; pero cuando no hay mar, ¡oh! dioses, montañas, sí, montañas, no la mar de tierra! Las Rocallosas recortaban con sus perfiles extraños el horizonte á nuestra derecha. El río Pecos y el Río Grande (Bravo) bañan unas zonas exiguas de estas áridas comarcas; entramos de nuevo en el país de la sed. ¿Pero cómo vinieron aquí los habitantes de los grandes pueblos, grandes como ciudades, que han dejado tantas monótonas y tristes y curiosas ruinas en este cuadrilátero neo-mexicano? ¿Cómo creció y se multiplicó aquí entre la civilización rudimentaria de los *mount-builders* y la civilización plena de los *nahoes* de nuestra Mesa Central, este hábitamiento de grupos sedentarios y agrícolas que ha dejado regado de los vestigios de su alfarería la área enorme de Utah, de Arizona de Nuevo Méjico? ¿Será cierto que el blanco trajo aquí la sed con la tala implacable del bosque; la sed y la muerte? Si esto parece el cementerio de las razas. Allí arriba en las hoquedades de las sierras que nos acompañan en procesión fantasmagórica, están los depósitos de agua, las tinajas, y acá abajo está la admirable tierra acarreada por los torrentes pluviales de las montañas desnudas ya, y que debe ser asombrosamente fértil, que lo es en cuanto, como en las Vegas, la toca el agua. Ya el *yankee* emprendedor puso su ojo y su espíritu frente al problema de la irrigación de esta comarca; ya puso la mano y el *dollar* en la solución del problema, lo que quiere decir que será resuelto indefectiblemente, aquí primero y en Méjico después.

Para mi compañero y para mí, él de estómago exigente y de exigente paladar yo, el problema consistía en huir de las fondas en donde en un mismo plato se comen diez inefinibles manjares de esos que provocan en los comienzos mismos de una encrespada digestión, esta pregunta: ¿qué fué lo que comimos? Pero para realizar esta fuga, era preciso, así caer en la cocina de carne y de legumbres conservadas del *buffet* de los carros dormitorios, si sabrosa al paladar, fatal al estómago y mortal al bolsillo. Pero no había remedio, por ella nos decidimos; por ocho ó diez pesos mexicanos tomamos un plato de *corned beef*, otro de *Boston-beans* con tocino, unos espárragos y una botella de Zinfandel de California, de sabor ligeramente farmacópico.

Al mediar el día llegamos al Paso; el Bravo nos pareció un poco menos mauso aquí que en *Eagle-Pass* á nuestra salida de la República, hacia más de un mes. Nuestro viaje había concluido; el territorio que íbamos á pisar, vasto, despoblado, inculto en su mayor extensión, ejercía sobre nosotros una fascinación extraña, completamente subjetiva, pero absolutamente dominadora; nos parecía que allí en la orilla derecha de este río que completa los límites geodésicos que estos fuertes nos impusieron en 48 estaba reconcentrada en un puñado de tierra, toda la República nuestra, toda la Patria nuestra aún. Y un latido de emoción, y un conato de lágrimas nos invadió instantáneamente; en silencio tomamos nuestras maletas, y con ansiedad singular, como si hubiésemos estado ausentes cien años, entramos en el wagon que nos condujo á lo largo de un hermoso puente, desde la aduana del Paso Texas á la del Paso Juárez; cosa extraña: venía yo del país de la libertad y me parecía que la recobraba al salir de él; la enorme actividad, la obra enorme del pueblo de que me separaban cincuenta metros, en aquel instante me había hecho en el espíritu el efecto que diez arbores de acero sobre el pecho.

Bajamos del wagon frente á la aduana mejicana y yo caí en los brazos de Javier Osorno, tan feo como yo, pero tan correcto, tan elegante, tan último corte en el traje, tan bien barnizado en la piel de Rusia del borceguí rojizo como bien tendido en la piel de Suecia de los guantes marrón abotonados de oro. ¡Me dió un gusto verlo! Y al gordo y simpático Bauche, administrador de la Aduana y al bizarro Marcelo Leon con su cara de último Abencerraje, y su noble corazón de amigo y de papá. ¡Oh! qué placer encontrarse de buenas á primeras con tanta buena gente, y tan amable, tan franca, de idioma tan dulce como las uvas de miel de los viñedos cercanos! Me despedí con tristeza de estos viejos amigos, y á las cinco de la tarde emprendimos el camino de Méjico, regresando á los Estados Unidos bajo las especies del eterno *Pullman-car*, á través del Imperio Chino, en forma de cocineros chinos y de manjares que merecen serlo.

Blindémonos pues de paciencia y de sueño. ¿Y contra el polvo qué blindaje hay? Hay uno: leo en este instante que un señor Green, hijo de la famosa archimillonaria Hetty Green, ha inventado el modo de colocar en las ventanillas de los wagones dos hojas de tela metálica finísima, entre las que hace pasar una corriente de agua vaporizada por un ventilador, y ¡adós calor! y ¡adiós polvo! Sí, pero cuándo se aplicará á los wagones mexicanos esta invención bendita? La noche aplacó el polvo y nos aplacó los nervios.

¿En dónde diablos encuentran mis jóvenes amigos los simbolistas, delicadísimos artistas que tienen la espeluznante manía de escandalizarnos á los románticos viejos y á los viejos académicos, con giros, con-

ceptos y vocablos, que en el fondo son inofensivos, convengo en ello, pero que de pronto atemorizan como ojos de gato vistos en la sombra; en donde, digo, suelen hallar esas metáforas tan voluptuosas, tan tristes, de contornos imprecisos, esfumados por el ensueño, que les sirven para traducir la sensación de la noche? De molde me vendría ahora una de esas metáforas; mas no de las que expresan el afán de infinito y de vuelo que fluye de las noches trágicas, en que el relámpago revela la pasmosa cantidad de luz latente en la sombra; no tampoco de esas que parecen como puestas de tiniebla, de abismo y de anhelo doloroso de más allá, ni de esas que producen algo así como la fugaz intuición del Universo y que nos hacen adivinar que las constelaciones son hieroglifos sin clave, por desventura. No, nada de esto: quisiera una figura, un tropo que trasladara á la palabra por comparación, esta misteriosa impresión de paz sepulcral que derrama desde su globo deslustrado esta divina veladora de la noche y que expresara cómo nos sus trae de lo material y de lo que pasa la claridad de la luna lentamente traspasada al alma, mientras su resplandor frío parece congelar las estrellas y apagarlas luego en lentas agonías.

El tren había anclado en pleno desierto á las nueve de la noche, con la locomotiva rota; antes de dos ó tres horas no llegaría la que se había pedido al Paso. Aprovechando la forzosa inmovilidad de los carros, los pasajeros se habían dedicado á dormir, aunque no á pierna suelta, cosa que ni ese Puck que se firma Micrós, lograría en un *Sleeping-car*.

Uno de los conductores y yo nos echamos á andar vía adelante, pisando (sin retruécano) las cabezas de

nes y de las ideas. Oh! la imaginación, la loca de la casa.

Por aquí, por esta ampa de centesares de leguas sube majestuosamente á las Mesas mejicanas ó trepando y serpeando por las cordilleras que forman sus bordes titánicos, han marchado sin cesar las razas aborígenes hasta que quedaron comprimidas, inmovilizadas y velozmente ahogadas, ó lentamente atrofiadas por las dos corrientes de las razas blancas. Unas no renunciaron jamás al movimiento, es decir, á la libertad y del Chichimeca al Piel Roja, han ido y venido estrellándose en las ciudades que la religión creó para los sedentarios en torno de los teocalis sagrados. Otros...

No, mis lectores, se dormirán sobre estas hojas postizas con otro motivo, no con el de que les haya traidoramente deslizado una meditación histórica para cerrar con broche de oro como se dice en literatura de brindis, este viaje.

Pero si me perdonarán (ó no me perdonarán, es lo mismo) que yo acabe por dos minutos de exámen de conciencia. Así deben acabarse todas las jornadas de que la vida se compone según Pitágoras, Séneca, Marco Aurelio y San Agustín,—verifíquense las citas—¿Qué he sacado de mi viaje á los Estados Unidos? Poco, nada. ¿Supe ver? Apenas. ¿Supe mirar? ¡Tampoco! ¿Supe discernir? No pude. ¿Qué me queda? ¿Cómo me explicare? Me queda una especie de zumbido de oídos en el espíritu; una suerte de visión apocalíptica, algo como una serie de fragmentos de una espiral de hierro, cuyas vueltas me ocultan las brumas del horizonte y cuyas extremos se pierden, arriba en la irradiación del cielo y abajo en la noche del infierno... Por esos fragmentos de tramos, corre la gente sin cesar, sin cesar, *go ahead, go ahead*...

No; vengamos del apocalipsis á la tierra; si yo pudiera personificar á este pueblo, y así me lo figuro siempre, lo pintaría en forma de atleta, de pugil, listo para romper los huesos de los Corbett ó Fitzsimons que se le pongan delante. ¡Vamos á ver! Hello aquí plantado. Hagamos como las *misses* de New York ó de Boston, que siguiendo el ejemplo de la riquísima Mrs. Jack Gardner de Boston, la amiga de Paul Bourget, se entregan á una *personal examination* de los músculos de los boxeadores. Este es admirablemente desarrollado: cuello, brazos, piernas, torso y dorso, protuberantes de músculos duros se amontonan bajo la turgencia de la piel blanca, enrojecida por las duchas frías y dorada por el sol. ¿Y la cabeza? Desarrollada por la voluntad. ¿Y el rostro? Armado de ojos duros y de mandíbulas de fierro por el apetito insaciado. La vida mental y la alimentación á outrance enfermarán del estómago á este atleta, lo harán neurasténico y vendrán terribles desequilibrios... Ved los prodromos; una democracia que aspira á la gloria militar y caerá en el cesarismo; una democracia facticia que está dominada por una plutocracia de cuatro mil millones, que la tiene á sus pies y de quien, sumisa ó rabiosa, es esclava. Una plutocracia que quiere conjurar el odio de cincuenta millones de pobres, dándoles la limosna de los hospitales, de los asilos y de maravillosos institutos de instrucción pública, que pondrán armas terribles en manos de sus adversarios... Y las mujeres deseando ser hombres para luchar también por la vida, es decir, por el lujo y el comfort, y corriendo al través del matrimonio y del divorcio como en un *steeple-chase*, para con seguir una felicidad sin reposo, sin hogar, sin alma...

Todos estos pesimismo me vienen de los libros que he leído sobre la sociedad americana, son *librescos*; yo no vi bien, entreví un gran pueblo... y adquirí una convicción, que la libertad es un aire respirable.

Una horda, no de chichimecas, sino de coyotes que ululaban como hienas, nos hizo volver de prisa al tren y media hora después el tren volaba, recuperando el tiempo perdido. Adios, pues, ¡oh! tierra de lo repentino, de lo colosal, de lo estupendo; naciste ayer y has crecido en una hora; brotan tus ciudades en los pantanos, en los desiertos, en los bosques como pasmosos hongos de hierro. Me voy á la tierra de las horribles chozas de adobe, de las casas bajas, *banales* y sin comfort; á la tierra de las personas lentas, negligentes, anémicas; de la temperatura enervante y dulce, del cielo transado de luz. Esa tierra á donde voy me gusta más; pobres, pequeños é inactivos, los pueblos á que pertenezco se han apropiado un lote mejor en la batalla de la vida; á hormiguar indefinidamente en torno de migajas, hemos preferido cantar al sol como las cigarras de la fábula. Bah! séamoslo siempre, cantemos siempre, puesto que todo es ilusión.

Sólo el amor es cierto, con su divina certeza de un minuto. Mañana borraré con mis besos las lágrimas de los rubios que me aguardan en mi hogar, y cambio feliz los millares de sensaciones que he resentido en mi rápido viaje por la emoción de mañana.

Justo Sierra.

La serie de artículos «En Tierra Yankee» del Sr. Sierra, por los cuales ha recibido *El Mundo* tantas y tan sinceras felicitaciones, terminó en este número; pero ofrecemos á nuestros lectores otras producciones inéditas del mismo eximio literato.

El Sr. Sierra hará un tomo reuniendo dichos artículos; anunciaremos oportunamente el día en que se ponga á la venta.



General Manuel Rincón, DEFENSOR EN JEFE DE CHURUBUSCO —1847

los durmientes. A quinientos metros, el tren me parecía uno de esos colosales cetáceos de los mares geológicos, varado en las playas del tiempo, que nos seguía con su ojo de llama en aquellas soledades amortajadas por la luna.

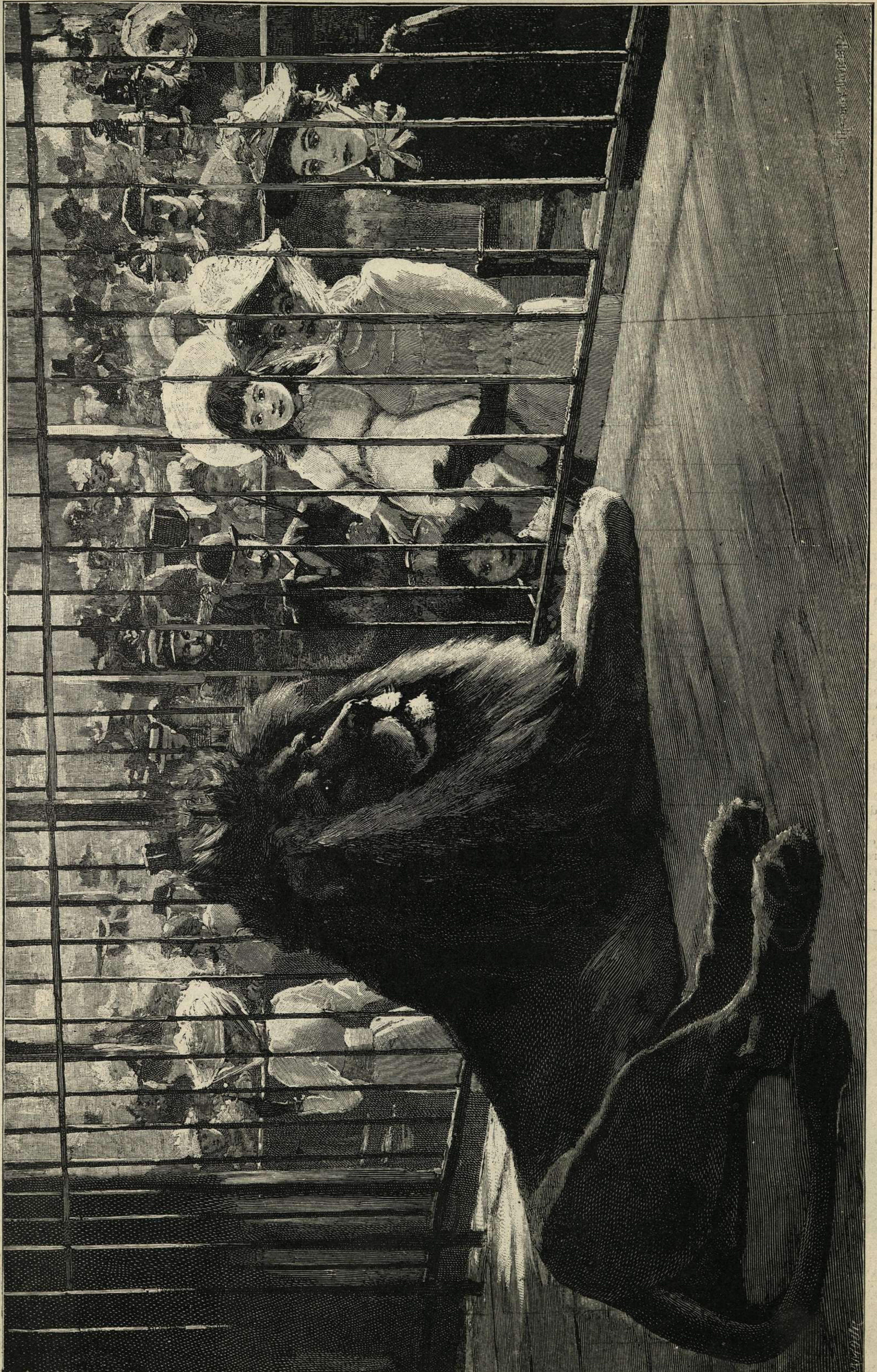
Mi compañero que parlaba sin miedo y sin descanso un español capaz de sacar callos, por erizado de guijarros, sintió la influencia enmudecedora de la noche, y respetando mi silencio, me hizo el obsequio del suyo; la verdad es que daba miedo interrumpir el de la inmensidad. Habíamos andado dos kilómetros, nos detuvimos, mi compañero colocó su linterna en el suelo y nos sentamos sobre unos troncos medio carbonizados, restos de una antiquísima fogata de campamento ferroviario. Delicioso momento psicológico; sentía que la conciencia definida en todo mi ser, se reducía, como el dolor bajo la influencia de la morfina á un solo punto casi imperceptible; mi yo descansaba en la invisible punta de aguja del átomo y parecía que iba á reabsorberse en el todo. Y el campo que la conciencia abandonaba, lo ocupaba no sé qué fuerza ó qué energía esparcida en el Cosmos, yo sentía que eso que se llama la naturaleza, la vida universal, compuesta de indefinido número de muertes parciales, se enseñoreaba de mí. Y esta lucubración no será correcta en psicología (¡oh! cruel Academia) y temo el seño fruncido de mi sabio Ezequiel, pero ¡qué fruición deliciosa! Por desgracia esta catalepsia del espíritu esta iniciación en los supremos goces del nirvana, es fugaz; la imaginación que sigue automáticamente su trabajo de combinar en nuestro espíritu nuevas y viejas placas fotográficas, excita de nuevo la actividad de nuestro yo casi perdido, y lo hace reentrar en el torbellino de las impresio-





La canción de las ilusiones.--Cuadro de Hoeffinger.





Y SIN EMBARGO, REY.



## Política General.

**RESUMEN.**—Temores de un conflicto anglo ruso.— Los intereses europeos en el extremo Oriente.— El Imperio Chino abierto á todas las ambiciones.— Todos satisfechos.— Fin de la guerra hispano-americana.— Los preliminares de la paz.— Las bases del protocolo — Porvenir de las colonias españolas.— Puerto Rico, territorio americano.— Cuba.— ¿Anexión ó independencia?— Los elementos conservadores y los revolucionarios.— La promesa de McKinley.— La suerte de Filipinas.— Intervención europea.— Conclusión.

Mucho se ha hablado en estos últimos días de un rompimiento posible entre el Reino Unido de la Gran Bretaña y el poderoso Imperio Moscovita. Pensando que están frente á frente los intereses de los dos dilatados Imperios en el extremo Oriente, y que las rivalidades se han exacerbado y que las competencias se han desarrollado de modo notable, afirmase que las dificultades ocurridas últimamente, podrían resolverse por una contienda armada.

Nada más falso que esos temores, nada más fantástico que esas amenazas. Es verdad que desde ha tiempo es el territorio chino la manzana de la discordia arrojada á las concupiscencias de las naciones continentales de Europa; es cierto que allí se han dado cita todas las ambiciones, y que la preponderancia entre el Czar y el Gobierno de Londres es una disputa continuada para someter á su talante y voluntad la política de los mandarines que rodean al hijo del cielo. Cier to es que, desde que los triunfos del Japón sobre China revelaron al mundo Occidental la debilidad de ese coloso de piés de barro, todos se disputan á porfía el botín, y el Gobierno de San Petersburgo interponiendo su influencia poderosa entre la espada del vencedor, ha podido adquirir gran ascendiente, y en cierta manera buscando la cooperación de Francia y Alemania, imponer su omnipotente voluntad en los destinos del Celeste Imperio. No cabe duda en que esos avances han tenido que tropezar, y en efecto han chocado contra la antigua influencia de la vieja Inglaterra, que de tiempo atrás venía ejerciendo un verdadero monopolio en los negocios chinos.

Esa lucha, esa competencia, se han manifestado últimamente y se han acentuado al grado de temer que se turbe la paz europea, á propósito de una línea ferroviaria de Tien Tsin á Chan Hai Kwan, que quiere prolongar la China hasta Nueva Chan, puerto libre de la Manchuria. El director chino de este ferrocarril, se dirigió al banco inglés de Hong Kong y Shanghai, que ha suministrado el capital para la parte de línea construida, y ese establecimiento financiero aceptó en un contrato preliminar, adelantar el dinero necesario para la conclusión de la línea. El Ministro de Rusia se ha opuesto á esta transacción



General Wheeler. Coronel Wood. General Lawton Coronel Roosevelt  
**Un Consejo de Guerra delante de Santiago**

apoyada por el Ministro de Inglaterra. En ese estado los negocios, el Marqués de Salisbury ha declarado ante el Gobierno Chino que la Gran Bretaña ayudaría á resistir la agresión de cualquiera potencia que se opusiera á la autorización concedida á los súbditos británicos. El agente ruso ha renovado sus protestas, y por fin ha obtenido un verdadero éxito suspendiéndose los efectos de la antigua concesión.

De estos pretextos, tanpequeños al parecer, se han valido los políticos que pretenden descubrir los misterios del porvenir, para lanzar á los cuatro vientos de la publicidad los temores de un conflicto armado entre Rusia é Inglaterra. Decididas las Potencias á ir tomando paso á paso posesión del territorio chino y á hacer prevalecer cada una su influencia con perjuicio de las demás, si es posible, no son de extrañarse estas pequeñas diferencias; pero sí extrañaría que por razones de tan poca importancia, como las que se aducen hasta ahora, se lanzaran en formidable lucha la primera Potencia continental y la primera marítima de la vieja Europa.

Rusia ha logrado extender su influencia activa hasta los confines de Manchuria, ha tomado posesión de Puerto Artur, desde donde puede desafiar con esa importante base de operaciones, la influencia combinada de otras potencias. In-

glaterra se ha apoderado de Wey Hay Wey inmediatamente después que el Mikado lo abandonó, pagada la indemnización de la última guerra. Tiene á su cargo la administración del gran Valle de Yang Tse con un millón ochocientos mil kilómetros cuadrados, y con semejante punto de apoyo, puede esperar nuevas concesiones para lo porvenir. Alemania ha tomado posesión del puerto y la bahía de Kiao Chao con los territorios adyacentes. Francia desde su colonia de Ton King, vigila cuidadosa los cambios en aquellas regiones y se dispone á invadir la isla de Hay Nao. Japón se conforma con dividir pacíficamente su influencia en Corea, con los agentes moscovitas. Todos los que de cerca ó de lejos, tienen intereses en aquellas ricas comarcas, han tomado su parte en el botín, mientras se prepara el gran desmembramiento ya decidido en los consejos supremos de los poderosos de la tierra.

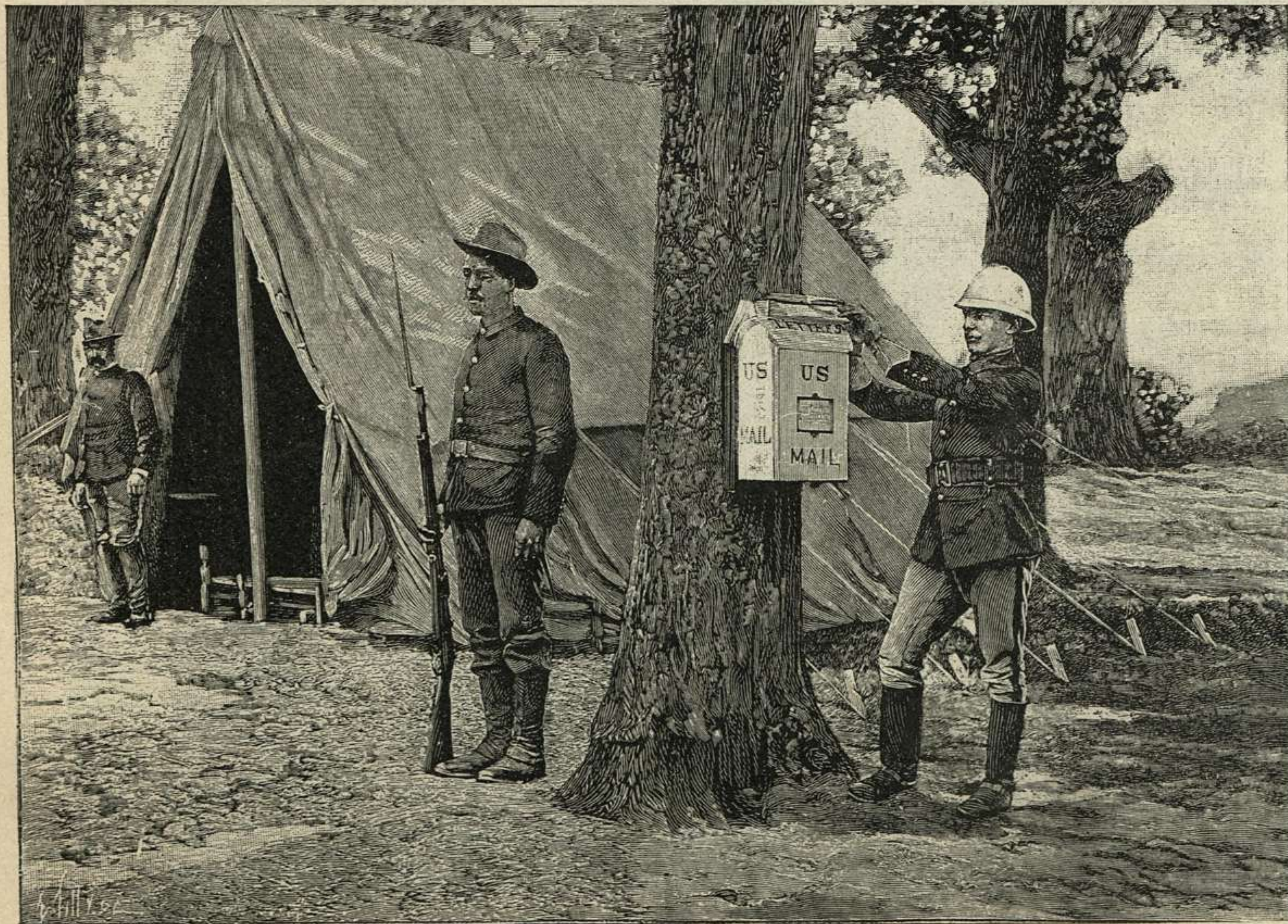
¿A qué pues esos conflictos armados? ¿Con qué objeto un rompimiento capaz de encender la guerra universal, sin que puedan preverse los resultados de la lucha? ¿A qué lanzarse á una guerra que sería formidable entre dos poderosas y ricas naciones, cuando por medio de la diplomacia, por los manejos secretos de los comerciantes y los misioneros van entrando todos en pacífica posesión de la presa codiciada?

No, el asunto de un ferrocarril en China, no es causa bastante para romper el equilibrio europeo. Rusia é Inglaterra, Francia y Alemania, que tienen rivalidades en Europa, se entienden admirablemente, se comprenden á maravilla, cuando tratan de definir la suerte del caduco Imperio Chino. Esperemos que por hoy no se turbará la paz de las grandes potencias.

\* \* \*

Esa palabra ha sido pronunciada en lo más acre de la lucha, entre España y los Estados Unidos. Después de las catástrofes de Manila y de Cavite, el Gabinete español aun venciendo las resistencias que oponían las clases militares, y oyendo los clamores de los pobres que más sufren en las grandes crisis nacionales, se decidió á pedir la paz, que ha sido concedida mediante condiciones dolorosas por el vencedor.

Los preliminares han sido firmados ya por los respectivos representantes de España y de los Estados Unidos, en el salón de recepciones de la Casa Blanca. En ellos se ha acordado la renuncia de toda soberanía y dominio de España sobre la isla de Cuba y la cesión de Puerto Rico y de las islas adyacentes del dominio español, á los Estados Unidos, la entrega de Manila con el territorio circunvecino, en tanto que se decide la futura suerte de las Filipinas, y se acuerda también el nombramiento de comisionados para arreglar la inmediata evacuación de las fuerzas españolas que hoy guarnecen las colonias antillanas, y la reunión de una comisión del tratado de paz definitivo, que debe celebrar sus sesiones en París, á mástardar desde el primero de Octubre próximo.



**El servicio postal del cuerpo expedicionario americano.**



Queremos suponer que ningunas dificultades se opondrán á la celebración de un tratado de paz sobre las bases concertadas, queremos creer que por parte del pueblo español no habrá protestas violentas, ni entre los partidarios de la dinastía reinante ni entre los republicanos, ni tampoco entre los que pudieran seguir la bandera del pretendiente. Esperamos también que la representación nacional en las Cortes, no opondrá ningunas dificultades á la aprobación del tratado, ó bien, que la oposición abierta en la tribuna parlamentaria, quedará equilibrada por la mayoría de que dispone el Ministerio Sagasta en el Parlamento. Pensamos también que en el Senado americano no habrá dificultades, porque Mc Kinley ha tenido siempre la confianza entera del pueblo americano. Pero aún así, ¿cuál es la suerte que aguarda á las colonias españolas segregadas en todo ó en parte del dominio de la metrópoli?

Nada hay que decir respecto á Puerto Rico, señalado desde un principio como una especie de indemnización territorial por gastos de laguerra, á favor de los Estados Unidos; se establecerá allí un gobierno militar mientras haya gérmenes de oposición armada al nuevo orden de cosas, se organizará después como un territorio federal, para que mientras se hace la asimilación, mientras se americaniza el país, se prepare debidamente á formar parte y á brillar como una estrella en la constelación americana.

¿Qué hará el Gobierno americano de la perla de las Antillas? ¿Cómo se manejará con ese pueblo que en tres años de lucha desesperada por su independencia, en tres años de combates sin tregua por su libertad, ha aspirado á darse un gobierno propio? ¿Cómo cumplirá el compromiso contraído ante el mundo civilizado después de las declaraciones de McKinley y de las resoluciones aprobadas por el Senado y la Cámara de representantes? ¿Cómo corresponderá á los deseos y á las indicaciones de la opinión, manifestadas en la prensa y en la tribuna, de dar soberanía á la antigua colonia? He aquí un problema difícil de resolver.

Los elementos superiores de la revuelta Antilla, los que constituyen la clase conservadora de la sociedad, por su riqueza y su posición social, y que apoyaron mientras pudieron, la dominación española, no tienen intenciones de someterse á un gobierno emanado de la revolución, y formado con los jefes más distinguidos entre las huestes separatistas. El elemento español en cuyas manos está la riqueza territorial, mercantil é industrial de la colonia, busca amparo á sus intereses bajo el dominio americano directo, y rechaza extremecido un gobierno revolucionario, temiendo por sus intereses. Los jefes de la rebelión que se han sacrificado por crear una patria cubana, tienen derecho á ser oídos, y son acreedores á participar activamente en las labores de la construcción de la colonia. Unos aspiran á la anexión, otros pretenden la absoluta é incondicional independencia. Para satisfacer todas las aspiraciones, para conciliar todas las voluntades, para acallar sus propios intereses, para cumplir sus solemnes promesas, el Gobierno de Washington tendrá, pues, que luchar y discutir muy seria y detenidamente, con propias y ajenas opiniones, antes de decidir la futura suerte de Cuba.

Piensen muchos que pasando por encima de todas las fórmulas, se establecerá como único medio un gobierno militar, para pasar de frente á la anexión definitiva. Por nuestra parte, tenemos fé en la palabra de McKinley, y esperamos que de acuerdo con todos los elementos políticos de la isla, de conformidad con sus vitales energías, proceda á reconstruir un gobierno independiente siquiera sea bajo el protectorado americano, y así habrá cumplido la misión que se propuso al intervenir con las armas en la mano, en la revolución separatista.

\*\*\*

¿Y quién definirá el porvenir de Filipinas? Como una concesión se pedía la entrega y rendición de Manila á las fuerzas americanas en los preliminares de la paz; pero antes de que llegara á aquellas regiones apartadas, la órden de suspensión



Bismarck en los distintos períodos de su vida

de hostilidades, el puerto y la ciudad, asediados por más de tres meses, han caído en poder, por rendición incondicional, del Gral. Merrit y del Almirante Dewey. Son ahora los americanos dueños de la capital del archipiélago, y tienen en su poder á las primeras autoridades de la colonia. Más duras tendrán que ser ahora las condiciones de la paz, y más en su poder quedará la suerte de la colonia.

Y en tanto la Europa, que se interpuso entre el Japón vencedor y la China vencida, que detuvo el golpe fulmíneo de la espada de Skobelev sobre los vencidos de Plewna, que discutió las condiciones de paz en el tratado de Berlín, verá con la misma indiferencia la desaparición del poder colonial de España? No acudirá presurosa á ver qué le toca á la hora del reparto? No serán las dificultades en los mares de China, ocasión para que se mezclen en el tratado de paz, y quieran decidir en su propio beneficio, el porvenir de las Islas Filipinas?



Pozo artesiano en León.

Quién sabe! Pero si ahora quisieran intervenir las que no fueron capaces de impedir el conflicto armado, es posible que se encuentren con la arrogancia del vencedor, que ha rechazado hasta ahora, y parece resuelto á rechazar en lo sucesivo, toda intervención extraña. Nos sugiere esta idea la noticia circulada últimamente, de que la escuadra de Watson destinada á atacar las costas españolas, se prepara ya á zarpar rumbo á las aguas filipinas, no para defender los intereses americanos que hoy están á salvo de cualquier golpe de mano por parte de España, sino tal vez para hacer una ostentación de fuerza contra cualquier intento de una potencia extranjera. Y nos afirmamos en esta creencia, cuando se acaba de anunciar que los Estados Unidos se preparan á reforzar con nuevos elementos de combate, su ya respetable escuadra vencedora en Manila y en las costas de Cuba.

X. X. X.

19 de Agosto de 1898.

**El General Don Manuel Bincón.**

El defensor de Churubusco, gloriosamente derrotado hace cincuenta y un años por las fuerzas americanas, merece los respetos de la posteridad, porque supo resistir hasta el último extremo y vendió se entregó á discreción con estoicismo heroico.

El y los demás jefes mexicanos de la jornada de Churubusco recibieron los testimonios de aprecio del jefe vencedor y fueron tratados por éste con el respecto y los miramientos que inspiran el infortunio no merecido y el valor militar.

**Un consejo de guerra delante de Santiago.**

Concluida la guerra, faltábanos algo interesante de su historia para que la colección de grabados de *El Mundo Ilustrado* conserve los tipos, las escenas y las situaciones más características de los últimos sucesos.

Inútil parecería insistir en el valor de estos grabados como medio de sugestión retrospectiva.

En la escena del mundo pronto pasará, ó ha pasado ya, como actualidad palpitante el conflicto hispanoamericano; pero será grato á los coleccionadores encontrar en cualquier tiempo en los volúmenes de nuestro semanario la evocación de acontecimientos cuyos detalles se irán borrando en la memoria de los contemporáneos.

**El servicio postal del Ejército expedicionario americano.**

No podía pasarse el ejército expedicionario de esas dos necesidades supremas de su espíritu, la lectura de información periódica y la comunicación epistolar. Desde luego un peridista audaz fundó sobre el campamento, entre las balas, una publicación que daba al día, es decir al momento, todas las notas de la mudable situación. A poco ya había también establecido á lo largo de las líneas militares todo un servicio regular de correos que por la festinación natural de las circunstancias aprovechaba los árboles clavando en ellos sus buzones á falta de tiempo para hacer y fijar postes.

**Bismarck en los períodos sucesivos de su vida.**

El Canciller von Bismarck pasa á la historia con una fisonomía que no alteran las diversas y variadas circunstancias de su agitada existencia.

Esta persistencia del tipo á través de cambios infinitos en el transcurso de los años, es una de las peculiaridades más salientes del Canciller de Hierro.

Nuestros lectores verán en el grupo de retratos de Bismarck, cómo el joven universitario y el corifeo de la política imperial, son *el mismo hombre* de ojos vivos y fisonomía inalterable que dominó todas las borrascas de una época y marcó una pauta á la historia europea contemporánea.

**Pozo artesiano de León.**

Esta obra fué llevada á cabo por orden del Sr. Obregón González, Gobernador del Estado.

El día 1º de Marzo del año en curso iniciáronse los trabajos llegando á su terminación el 2 de Julio último.

Los gastos de perforación suman \$4,400 y la tubería costó \$1,500.

Produce este pozo en 24 horas, 548,640 litros de agua. Su profundidad es de 255 metros 70 centímetros.

Publicamos este grabado, haciendo notar que este pozo artesiano es uno de los más notables de la República, por la profundidad á que fué necesario llegar, y por la cantidad de agua que se obtuvo.

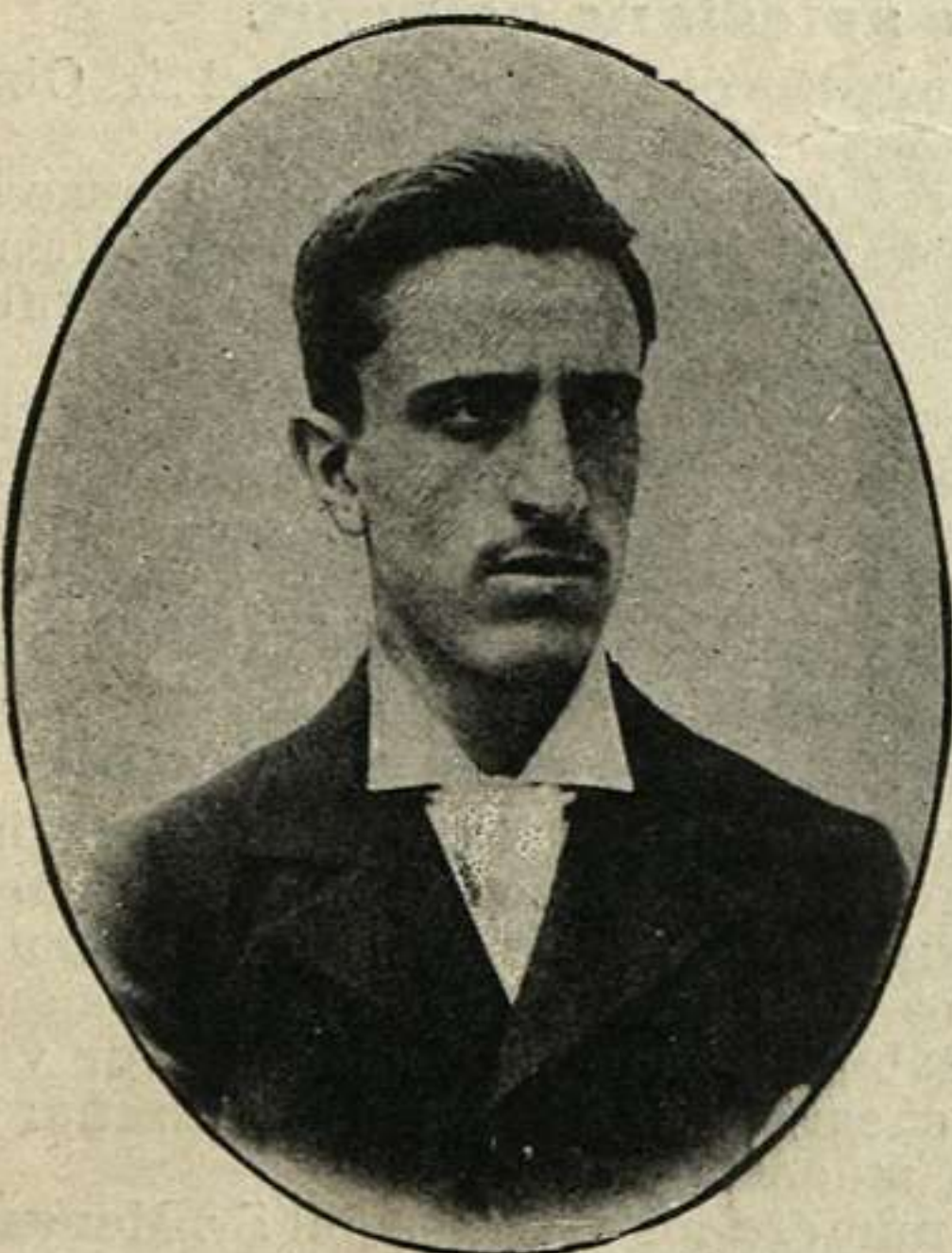
**El maestro Meneses y sus discípulos**

EL MUNDO ILUSTRADO rinde públicamente sus homenajes al Maestro que ha sabido consumir una obra civilizadora imprimiendo vuelos artísticos al grupo selecto de alumnos y alumnas que con tanta pasión y con talento innegable, forman ya una escuela de verdaderos artistas, encargados de sostener y enseñar en México la música moderna.

Damos en este número los retratos del Sr. Meneses y de los discípulos suyos que tomaron parte en los conciertos últimamente verificados en la Cámara de Diputados.



LOS ULTIMOS CONCIERTOS MENESES



RAFAELA PARRA.  
PEDRO OGAZÓN.  
GREGORIO ORIVE.  
EDUARDO REGUER

MANUELA MALANCHE  
FERNANDO PEÑA.  
ENRIQUETA NOZARI.  
INÉS BRISEÑO.  
FELIPA MUNGUIA.

Prof. Carlos J. Menezes.

ALBA HERRERA Y OGAZÓN.  
LUIS MOCTEZUMA  
MARIA MILÁN  
CARMEN MUNGUIA.  
OTILIA AYALA.

ESTHER ROSALES.  
CARLOS DEL CASTILLO.  
ALFONSO MARRON.  
JOAQUÍN VILLALOBOS





## LA HIGUERA DE LILOT

No era precisamente un linco el joven heredero de Biremus. ¡Ah, no! En la escuela no pasó nunca del silabario y las ideas no parecían florecer en su mente sino como ciertos musgos del polo; cuando la primavera era excepcional.

Pero si no podía coronarse á Lilot con el laurel del sabio, era en compensación tan vigoroso que á los quince años cargaba sacos de maíz como un molinero, á los diez y seis levantaba entre los dientes una mesa de seis cubiertos y sus padres cuando le veían hermoso y gallardo hacer estas hazañas probaban algo de aquella satisfacción que sintieron al vender en quinientos francos y en la feria de Laboubeyre al famoso Zéfiro III, potrero de las cuadras de la heredad.

¡Y en verdad que era airoso el tal Lilot! ¡Y qué salud, Dios poderoso! Pulmones sólidos como fuelles de fragua, corazón arreglado como el reloj de la parroquia, movimientos sueltos y ágiles: si por desgracia recibía un arañazo, no hacía más que lamerse á guisa de perro y á las dos pasadas de lengua quedaba como nuevo.

Lilot sabía la causa de su vigor, la cual era que su arbolgozaba de excelente salud, porque Lilot como la mayor parte de sus compatriotas tenía su árbol. En su país, los labradores acostumbran plantar un árbol cada vez que les nace un niño y tienen fe en que el vegetal y el rorro correrán la misma suerte: si el árbol prospera sucederá lo mismo con el niño y languidecerá si la planta se marchita.

El árbol de Lilot era una higuera que se había plantado cerca de un lagunato á fin de que tuvieran sus raíces jugo suficiente, y se encontraba bien el muy goloso. Era frondoso, enorme, cargado de frutas y protegido por una corteza lisa como la piel de una doncella. ¡Qué buena sávia absorbía al borde de ese lagunato al que las aguas pluviales traían los abonos de todas las colinas del contorno!

Además Lilot lo cuidaba con empeño: iba á visitarlo frecuentemente, casi todos los domingos, lo descargaba de hormigas y de caracoles, sobrevigilaba el brote de los renuevos y cubría con limón las heridas que le quedaban cuando la tempestad le arrancaba algunas ramas. Gracias á tantos mimos, la higuera engordaba como un canónigo mostrando un tronco hinchado por la savia, rodeado de ramas vigorosas como brazos de Hércules que extendían su sombra sobre los árboles circunvecinos.

Pues bien: á la otra orilla del lagunato, en tierras de las Cazerotte, tejedoras de la parroquia, había un ciruelo raquíto, un pobre diablo de ciruelo que no prosperaba. La higuera de Lilot tenía el aspecto de ahogarlo, de sofocarlo con el peso de una rama enorme que alargaba en aquella dirección como un puño amenazante.

Una tarde Lilot, que por entonces tenía diez y seis años, vió venir á una chiquilla, morenita yelicada, con ojos de capulines y un pañuelo rojo anudado en derredor del cuello, la cual era Totina Cazerotte, hija de la tejedora. Brincó el

arroyuelo surtidor del lagunato, ligeramente, como una cabra que retoza y se aproximó á la higuera, un poco avergonzada, mostrando en su rostro una sonrisa conciliadora, una bella sonrisa que abría el apetito como una tajada de pan con mantequilla.

—Buenos días Lilot.  
—Buenos días, Totina.  
—¿Cómo es que no podas la higuera?  
—Si, vecina, la podó.

Totina inclinó la cabeza y su sonrisa se extinguía como si tuviera algo serio que decir, al mismo tiempo que sus labios con movimientos insólitos dejaban adivinar que un torrente de palabras estaba próximo á salir de aquella boquita.

De pronto, armándose de valor dijo ruborizada:

—Lilot, venía á traerte un recado.  
—¿Cuál?  
—Mamá me encargó te dijera que serías muy amable, pero muy amable, si cortaras á tu higuera una rama.  
—Cómo! exclamó el muchacho con entonación hostil, ¡cortar una rama á mi higuera!  
—Si... esta grande, mira, esta que cae á nuestro jardín y que nos hace sombra.  
—Ah! ¿Les hace sombra? Tanto peor, tanto peor.  
—No hay medio de lograr en nuestro jardín una lechuga.  
—¿De veras?  
—Las zanahorias no se dan, ni las cebollas, ni las patatas.  
—Es un gran perjuicio.  
—¿Y qué me dices de nuestros árboles frutales? Se mueren todos.  
—Bah!  
—Mira, Lilot mira un poco la facha de ese ciruelo que está al otro lado del agua.  
—Ah! ese sí, ese si tiene una triste figura...  
—No le quedan dos años de vida.  
—Es posible: pero ¡qué te importa eso! ¿Te gustan mucho las ciruelas?  
—Me enloquecen.  
—No tienes buen gusto. Las ciruelas no sirven, en tanto que los higos...!  
—No te burlas, Lilot, te aseguro que soy muy desgraciada!  
—¿A causa de esta rama?  
—Si, si no la cortas, voy á caer enferma, lo presiento. ¡Córtala! ¿Sí?  
—Pero si no puedo.  
—¿Y por qué?  
—Porque... ¿eres mi amiga, Totina? ¿me prometes no decirle nada á nadie? Pues bien, esta higuera es mi árbol.  
—¿Tu árbol, Lilot?  
—Si, lo plantaron el día de mi nacimiento. Ahora comprenderás que no debo, que no puedo tocar una sola de sus hojas.  
—Totina se echó á llorar.  
—Bueno, pues el ciruelo es mi árbol, dijo entre sus sollozos.  
—Ah! Bah!  
—Lo plantó mi padre cuando nací y tu higuera lo mata, Lilot, y yo también moriré pronto por causa tuya... yo que habría querido alcanzar los veinte años.  
Y la niña, tan supersticiosa como su vecino, lloraba á mares y sus breves hombros temblaban con estremecimientos convulsivos.  
Lilot estaba abrumado.  
—Tu árbol... tu árbol... repetía con voz sorda... y por qué diablos lo plantó tu padre aquí?  
—Por el agua. Todo crecía muy bien aquí,







antes de que adquiriera tanto desarrollo tu maldita higuera: ¡qué desgraciada soy!

Si que lo era y Lilot no lo dudaba pero ¿qué podía hacer? Nada porque sería atentar contra su persona, sería como cortarse un brazo.

El muchacho se pasó la mano por la frente para facilitar la eclosión de alguna buena idea que se revolvió allí y dijo:

—Bah! No es enteramente seguro que la muerte de tu ciruelo te pueda traer desgracias: las gentes que dicen eso dicen tonterías; pero el maestro de la escuela que no era nada lerdo, condenaba esas preocupaciones. No llores, Totina. Además, aunque el ciruelo esté enfermo tú tienes más salud que una primavera. Ya ves que el árbol no tiene que ver con uno.

—Pues entonces; ¿por qué no dejas tocar tu árbol?

Esta contestación dejó mudo al heredero de Biremus.

Se volvió á pasar la mano por la frente, pero nada pudo sacar de allí.

—¿Quieres, Lilot? ¿quieres? preguntaba la chiquilla zalamera mostrando su sonrisa apetitosa como una tajada de pan con mantequilla

Pero el la rechazó.

—No: le dijo, no quiero, no quiero!

—¿Es tu última palabra?

—Sí, dejame en paz.

—Pues bien, adios replicó ella picada en lo más vivo. Ah! ¿no quieres perder una rama? Pues ten cuidado! no sea que las pierdas todas. Ya te arrepentirás.

Lilot palideció con esta amenaza.

—¿Que quieres decir? preguntó

—Yo me entiendo, murmuró Totina y atravesó el arroyuelo levantándose el vestido y dejando ver unas piernas blancas ya bien desarrolladas que se espejaban en el agua murmuradora

“Ya te arrepentirás” parecían decir esos murmullos “ya te arrepentirás”

Lilot temblaba de cólera.

—¿Pensaría acaso matar mi árbol? se preguntaba, Ah! miserable. . . .!

Y sentía impulsos de cojer á la chieca por las orejas y tratarla como se merecía ¡Qué abominación! Iba en el acto á dar aviso á la gendarmería. . . . .

Pero Lilot se detuvo, apenas había ardo algunos pasos.

¿Y si los gendarmes no lo creían?

Son gentes ignorantes que vienen de países lejanos en que no se sabe nada de estas cosas y se burlarian de él. Era mejor no ocurrir á ellos y sobrevigilar á Totina. Eso sí!

A partir de este momento Lilot venía varias veces cada día á visitar la higuera armado de un solido garrote: inspeccionaba el árbol minuciosamente, contaba las ramas con los dedos, y reconocía particularmente la que daba sobre el ciruelo vecino. Algunas veces hasta revolvió la tierra al rededor del tronco para examinar las raíces.

De vez en cuando al hacer estas inspecciones veía á Totina del otro lado del lagunato, burlesca y con ojos maliciosos que parecían decirle “ya te arrepentirás” y este aire agresivo de la muchacha le ponía la carne de gallina.

—Tiene en la cabecita algun mal proyecto, se decía él y hasta creyó necesario empezar á vigilar por las noches, lo cual le ocasionó un catarro abundante; y como no se aliviaba se alarmó. Seguramente el árbol sufría, le habian hecho algo. . . . . y á pesar de pacientes investigaciones nada pudo descubrir

—Ah! la maldita! . . . murmuraba mostrando el puño cerrado en dirección á la casa de las tejedoras

De noche, despertaba sobresaltado creyendo oír hachazos y como dormía mal comenzó á enflaquecer, y su padre le preguntaba inquieto:

—¿Qué tienes muchacho? Algo malorces desde hace días.

Y era verdad Lilot se veía en los espejos pálido y demacrado, y cuando quiso levantar una mesa con los dientes, cayó de boca y se lastimó.

Totina en cambio estaba resplandeciente, crecida, bella y vigorosa. Si: de seguro que algo habia en eso!

Mes por mes sus ojos parecían más brillantes y sus formas más correctas, sin que con todo y eso se viera que el ciruelo mejoraba maldita la cosa.

Lilot abría los ojos espantado sin encontrar la explicación de esta doble metamorfosis y mientras más veía á Totina más pensativo quedaba y más descontento de si mismo.

¿No habia estado en efecto, demasiado duro con la niña? Despues de todo ella no era mala; bastaba para convencerse con ver su sonrisa y así debian pensarlo los muchachos de la aldea que la perseguian todas las tardes cuando iba á la fuente. Ah! pillos: de buena gana les arrojaria piedras Lilot. Por lo demás, á pesar suyo, y sin duda inspirado por el demonio él, como los demás, tambien iba á esperar á Totina detrás de los árboles en el caminito de la fuente, pero se ocultaba enrojando hasta las orejas, cuando la joven se acercaba; y cuando sus pasos se dejaban oír muy cerca, Lilot temblaba y sentía como si cada paso fuera un golpe sobre su corazón.

¿Qué le pasaba? Estaba enfermo, se volvialoco, espíritus malignos debian haber sopiado sobre su cerebro y le trastornaron todas sus ideas como una ráfaga de aire revuelve las hojas de la encina.

A veces, por la noche, Lilot se quedaba contemplando horas enteras un hilito de luz amarilla que le llegaba al través de los árboles, desde la habitación de Totina y no era por defender su higuera por lo que así se desvelaba, oh! no, habría por el contrario sido muy feliz si hubiera venido la joven á derribar algunas ramas, porque en suma eso no habría perjudicado á su árbol gran cosa ¡tenia tantas ramas! y hasta puede ser que quitándole varias hubiera quedado más bonita.

—Ah! si me atreviera, pensaba Lilot rascándose la oreja, si me atreviera á cortarlas yo mismo para hacer las paces con Totina, y merecer de nuevo aquellas sonrisas de otros tiempos que hacian su cara apetitosa como una tajada de pan con mantequilla.

Una noche Lilot despertó sobresaltado. ¿Qué oía? ¿Hachazos? Sí! y venían del lagunato. Le estaban derribando su higuera!

Se levantó, se vistió, tomó su garrote y salió en tanto que los golpes se oían aún. Parecían vacilantes, tímidos, casi vergonzosos.

Lilot marchó con rapidez y sin ruido bajo los árboles á la claridad dudosa de la luna creciente que bogaba en el horizonte como un barco lejano.

Si, era su higuera la que se cortaba y Lilot distinguía ya la silueta de una mujer en el extremo de una escala, una mujer cuyo brazo se levantaba y se abatia sobre la rama principal del árbol, la que era perjudicial al ciruelo de las Cazerote.

Es Totina! exclamó palideciendo de alegría y perdonándole desde el fondo del corazón. Habría querido correr á darle las gracias pero le temblaban las piernas y vacilante, deslumbrado, cohibido, como si marchara en una nube, se aproximó á la joven que no le habia visto venir y continuaba cortando pronto, pronto como si tuviera miedo de ser sorprendida. Lilot se acercó aún conmovido y dijo en voz dulce.

—Buenas noches, Totina

Ella le respondió con un grito, un agudo grito de espanto que despertó los ecos de la aldea!

—Socorro! socorro! al asesino! clamaba la joven con terror

Y como quisiera bajar con demasiada rapidez, cayó de la escalera.

Lilot también gritó al verla caer.

—Dios mío! ¿se ha hecho usted daño? dijo precipitándose á su lado.

—Socorro! al asesino! seguía gritando Totina que creía llegada su última hora.

Instintivamente quiso levantarse y huir, pero le faltaron las fuerzas cerró los ojos y se desmayó. Lilot temblaba

—Totina, decía con voz sorda ¿no me oyes? Perdóname; te aseguro que no iba á hacerte daño; respóndeme, Totina: no puede ser, no puede ser que te mueras tan pronto!

Y se arrodilló llorando junto al cuerpo inmóvil de Totina.

Pero de súbito se levantó, la tomó en sus brazos robustos y la llevó á la aldea para que la curaran y pudiera volver á abrir sus lindos ojos negros como capulines y sonreír con sus labios que oían á fresas. Y al contacto de este amado cuerpecito, Lilot sentía que se estaba fundiendo como la nieve al calor del sol.

—Totina, murmuraba extasiado, apretándola contra su pecho y luego, sin pensarlo, por movimiento irresistible se inclinó y posó un beso ardiente y prolongado en sus labios olientes á fresas.

Ella se estremeció, entreabrió los párpados y viendo al que la llevaba en sus brazos volvió á gritar:

—Socorro! socorro!

Y de un salto escapó, entró en su casa y cerró la puerta con violencia.

Lilot no durmió en el resto de la noche; le apenaba verse odiado de Totina. Tempranito se levantó y fué á la casa de las tejedoras.

—¿Cómo sigue Totina? preguntó con voz tímida á la vieja que salió á abrirle

—Muy mal, le contestaron. Ya verás lo que resulta de haberla hecho caer de lo alto de una escala.

Y le cerraron la puerta en las narices.

Al medio día volvió á preguntar y le dieron la misma respuesta.

Luego vió entrar al médico y se alarmó más todavía.





—¿Estaba realmente grave Totina? ¿qué iba á ser de ella con un árbol tan raquítico como el suyo?

Corrió á ver el ciruelo y lo encontró en un estado deplorable. El tronco se torcía como el espinazo de un jorobado para huir de la higuera que le oprimía y ya sus ramas estaban muertas. Esta higuera esparcía la muerte en torno suyo con sus raíces glotonas que chupaban todo el jugo de la tierra. ¡Qué ogro! No habría sido bastante cortar la rama principal para que se reviviera el ciruelo. ¡Pobre Totina!

Y los ojos de Lilot se humedecieron, creyó sentir aún en sus brazos el cuerpecito de la niña, ese cuerpo que pronto se iba á enfriar.

—Oh! no, dijo, no. Y un pensamiento dulce irradió de su frente oscura: el ciruelo vivirá y ella también. Yo sé cómo.

Por la tarde fué á ver al Cura, se confesó largamente en la iglesia invadida por las sombras crepusculares, y así que sintió su alma bien pura, regresó á su casa. Así que todos se durmieron, tomó un hacha y se dirigió á la higuera bajo la luz mortecina de la luna, un poco menos pálida que la noche anterior.

¡Lilot levantó el hacha y la dejó caer sobre su árbol! Sí, lo cortaba porque en su opinión era el único medio de salvar á Totina. Y cortaba sin pena esta higuera querida, sembrada por su padre y de la que dependía su propia existencia.

Para que no le faltaran las fuerzas pensaba en Totina y cortaba, cortaba haciendo retumbar los ecos en el silencio de la noche.

Y cuando el árbol vacilando crujía ya, Lilot oyo pasos, lentos, breves, que parecían pesar apenas sobre las hojas secas. Se volvió y distinguió á Totina.

—¿Eres tú? preguntó temblando de pies á cabeza.

—Oh! Lilot, dijo ella juntando las manos en señal de aflicción, ¿qué haces, qué haces?

—Ya lo ves, corto mi árbol.

—¿Para qué?

—Para que prospere el tuyo, para que vivas largo tiempo y seas feliz porque te amo.

—Oh! Lilot, ¿qué dices, me amas de veras?

—Sí.

—¿Y por mí cortas tu árbol, porque me creías enferma? Pues no lo estaba. Era por asustarte. Pero me amas y esto me regocija. ¿Por qué no lo habías dicho?

—Porque no me atrevía. Te has puesto tan linda...

¿Y tú, me quieres un poquito?

—Que sí te quiero! Toma, toma y mira si te quiero.



Y le besó repetidas veces en los ojos, con sus labios olientes á fresas. Mientras, el alma de Lilot temblaba toda. ¡Qué sabrosos eran los besos de Totina! Suspiró y creyó morir dulcemente junto á su hermana la higuera que acababa de abatir.

—Puesto que me amas, Lilot, dijo ella con voz que parecía venir de muy lejos, pídemme en matrimonio y nos casaremos para la pascua.

Los ojos de Lilot se abrieron, se fijaron en la joven y se llenaron de lágrimas.

—¡Casarme! bien lo hubiera querido, pero ya no puedo.

—¿Por qué?

—Porque voy á morir.

—¿A causa de la higuera?

—Sí, mira, ya está al caer.

—Oh! Es verdad, dijo Totina palideciendo ¿qué has hecho, desgraciado?

Y retrocedió de un salto. Sin un soplo de viento, la higuera se inclinaba y se oían crujir sus últimas fibras; luego con un gran estruendo se abatió, revolviendo con sus pesadas ramas hasta el fondo del agua.

Totina lanzó un grito y contempló á Lilot que temblaba.

—Ahora, dijo con débil voz, soy yo el que moriré, pero no tengo miedo, Totina, esta tarde me confesé y recibí la absolución.

Entonces, pensando que ya no iba á vivir más, se tendió en la yerba y cerró los ojos.

—Y de veras vas á morir? Socorro, socorro! gritó la joven aterrada, y corrió hacia la casa de Biremus, golpeando la puerta con todas sus fuerzas.

—Despertad, gritó: vuestro hijo se muere.

El padre de Lilot y toda la familia se levantaron al momento y corriendo al lado de la higuera abatida, levantaron al joven y lo trajeron á su lecho.

Al día siguiente respiraba aún.

—Dios mío! qué hambre tengo! gritó á las diez.

Al medio día queriendo medir sus fuerzas, observó que podía levantar con los dientes la mesa de seis cubiertos.

—Vaya, vaya, se dijo, puede que el viejo maestro de escuela tenga razón.

Y sus antiguas creencias sobre el poder de los árboles, dieron una voltereta.

A los seis meses, como seguía viviendo apesar de todas las preocupaciones, fué á pedir la mano de Totina, que por su parte, viendo que el ciruelo se obstinaba en no dar fruto, lo había mandado también derribar....

—¡Qué lástima! las virtudes maravillosas de los árboles, se van!

JEAN RAMEAU.

## EL ABISMO.

Ella puso á un lado el periódico que había estado leyendo. El sin notarlo, continuó absorto en la lectura de su libro.

Afuera bramaba el viento del invierno y sacudía impetuoso las ventanas, mientras que en el interior el fuego de la chimenea calentaba el aposento, iluminando el suelo con un color rojizo. La lámpara dibujaba un círculo de suave luz sobre la mesa, en torno de la cual oscuras butacas extendían sus brazos convidando al reposo. En el rincón, el pendiente reloj hacía oír su acompasado *tic-tac*. El silencio era tan profundo, que podían contarse las oscilaciones del péndulo.

Sintióse de pronto el redoblar del viento. El viejo cancionero clamaba, gritaba, gemía en el cañón de la chimenea. La joven escuchaba con atención. No de otro modo debió soplar el viento durante la noche en la cual sucumbieron los dos protagonistas de la historia que acababa de leer. Era una de tantas crónicas como de ordinario aparecen en los diarios. Se las lee, en lo general, con indiferencia, algunas veces con cierto interés. Dos personas llevadas á la desesperación por la miseria, escapan de la vida por el camino del suicidio. Al día siguiente la *Gaceta* alude á la autopsia de los cadáveres, á su entierro; y el episodio ha concluido así. En seguida viene el olvido.

Pero la mujer que ahora junta sus manos y fija ávidamente sus miradas sobre el periódico, parece singularmente conmovida. No le es dable apartar su pensamiento de aquel breve relato. Su meditación silenciosa levanta en alto sus luces, para iluminar el cuadro en todos sus aspectos. Se trata de una pareja que se ha suicidado dándose la muerte por medio de la asfixia. No eran jóvenes, y los años habían recrudecido los males de la miseria; pero ésta, aunque cruel, no había sido bastante á separarlos. Se habían sustreído al dolor por el suicidio. Y sin embargo, la mujer habría podido aún asirse á la ribera, y tal vez salvarse. Tenía amigos y parientes que pudieron ofrecerle un asilo. Su marido, por otra parte se había hecho en cierto modo culpable por la mala dirección de sus negocios. Ello no obstante, la mujer no quiso abandonar á su marido: sin quejas, y aun con buena voluntad, prefirió acompañarlo también en la muerte. Se abrazaron para hundirse en la sombra de la tumba, como años atrás, jóvenes y felices, se habían abrazado bajo la bendición del sacerdote para marchar al tálamo cubierto de rosas. Juntos habían entrado en el país de lo desconocido, donde jamás debían separarse. La tempestad que afuera bramaba amenazadora, ya no podía nada contra ellos. Se poseían el uno al otro para siempre, y habían triunfado de los dolores de la vida con el sentimiento de una inquebrantable fidelidad.

La joven que acaba de leer esta historia, toma el papel que la relata y lo estruja con crispada mano.

Dolor punzante hiere su corazón, y está á punto de estallar en lágrimas. Pobre y desnudo debió ser el cuarto donde se consumó el drama. Tiempo hacía que su modesto mobiliario estaba en el Monte de Piedad. En la estufa brilla la siniestra brasa cuyos gases han de traer la invisible y silenciosa muerte. Pero la mujer se siente segura en los brazos de su esposo; ahora y para siempre se pertenecen el uno al otro. "¡Cuán hermoso debe ser esto!" se dice mentalmente la joven; un suspiro se escapa de su pecho. "¡Oh!" continúa, "¡quién pudiera estrechar entre sus brazos un corazón fiel!" Mira á su marido, que está sentado al frente, pero no le extiende los brazos. Hace largo tiempo que viven de este modo. Ella contempla aquel bello y varnoso semblante que tiene grabado en el fondo de su alma, conoce todas sus diversas expresiones y hasta sabe cuál será su movimiento al voltear la hoja del libro que está leyendo. Se hallan tan cercanos el uno del otro, que sus vestidos se rozan; y sin embargo ella no le extiende los brazos. Están juntos, y no obstante, media entre ellos una inmensurable distancia. Miralo fijamente, casi sin conciencia; él levanta por casualidad sus ojos del libro cuya lectura lo absorbe; las miradas se cruzan, ambas frías, indiferentes, y frías é indiferentes también se apartan en seguida. Tan juntos están y al mismo tiempo tan distantes.

Con horror, con estremecimiento contempla la joven el abismo que hay entre ellos y que acaso los separe eternamente. Viven juntos, pero sin cambiar una palabra cordial y de confianza. Mutuamente se miran indolentes y fríos, y en ocasiones esquivan mirarse. Son extraños entre sí, y cada uno lleva una máscara rígida, impenetrable. Media entre ellos algo invisible que nadie sospecha, que ellos mismos jamás mencionan, aunque lo conocen bien; el abismo, el ancho tenebroso abismo.

A veces llegan amigos: se conversa, se ríe, se toca y se canta. Los extraños creen que estos dos encantados se pertenecen; ellos conversan también, rien y hasta se miran con afabilidad. Pero saben muy bien que es pura comedia. Cuando quedan solos el abismo reaparece. Lentamente se enfrian se entumescen y se asustan de esta soledad á cuatro manos como antes.

Hace algunas semanas les vino una buena noticia. El marido obtuvo un empleo honroso que trajo á la casa un modesto bienestar. La suegra fué la primera en participarla. "Alegraos, hijos míos!" les dijo. De todas partes vinieron felicitaciones, se alquiló una casa más cómoda se compraron muebles más confortables y ocurrieron otras cosas semejantes. Estas gratas sensaciones volvieron á serles comunes, y por un momento comprendieron de nuevo que se poseían mutuamente. La vida tornó á parecerles dulce y más bella bajo una nueva luz. Había tanto que consultar-se entre sí! Se sorprendían con miradas afables, soli-

citas, cariñosas. Parecía que una corriente invisible los unía de nuevo el uno al otro como puente misterioso donde, á la luz de los astros del amor, dos a mas que se comprenden cantan á dueto la más bellacación de la vida. El abismo se hacía, pues, más pequeño y podía salvarse de un solo paso.

Bajo estos auspicios se instalaron en la nueva habitación, pero á poco andar los brillantes días palidecieron y las cosas recobraron su anterior aspecto. Cada uno de los dos creía que era el otro quien debía dar el primer paso. Esperaban mutuamente, pero en vano. ¿Era obstinación, pusilanimidad, indecisa lucha interior? En medio de sus nuevas habitaciones, de sus recién amueblados cuartos, anublábase de nuevo sus semblantes, recaían en la indiferencia el antiguo abismo se agrandaba: perdieron el valor, la esperanza, el renaciente calor de la mañana. La tarde los encontraba otra vez fríos entumecidas sus almas. El abismo bostezaba entre ellos como antes.

Así transcurrieron algunas semanas. En ocasiones esta fría calma era interrumpida por él con una palabra en la que se sentía la cólera: ella lo dejaba ir casi sin advertirlo, de todos modos sin conmoverse, y dando por cierto que lo que le pasaba entonces debía repetirse indefinidamente. ¿Era esto verdad? ¿La escena no debía cambiar? ¿Había sido siempre así?

Reflexionó: no; el pasado había sido muy diferente. En otro tiempo reclinaba la cabeza en el amante pecho de su marido. La voz que ahora le replica con dureza se suavizaba singularmente al sonar la suya. Sus miradas se confundían en mutuas promesas: no sólo estaban juntos sino que estaban también unidos. ¿Qué lejano le pareció aquel tiempo, vago y encantador como un sueño! Apenas podía darse cuenta de la realidad de aquellos días. ¿Cómo se había operado este cambio?

En el verano ligeras nubes oscurecen el sol, se disipan, reaparecen, y de pronto negra y densa nube cuaja la tempestad sin que pueda explicarse la rapidez de esta transformación. Ellos también, en el cielo de su vida, habían visto deslizarse pardas nebulillas disipadas bien pronto para condensarse después. El era inclinado á la ira y dejaba escapar con facilidad palabras duras, agresivas, amargas. Ella no lo notó ni en el noviazgo, ni en la luna de miel, porque él se contenía cuidadosamente; ahora cedía fácilmente á sus impulsos, y en pocas ocasiones bastaba la más ligera contradicción, el más leve contratiempo para estallar en cólera y prorrumpir en palabras ofensivas. Ella se lastimaba profundamente, no olvidaba ni podía perdonar. Se replegaba sobre sí misma, se hacía más íntima, casi impenetrable, silenciosa en su exterior, menos amante y tierna. El la observaba con rencor y encono, porque no sabía perdonar una palabra proferida de ligero. Gradualmente se iba levantando entre ellos algo como una mampara



invisible. La palabra no partía de sus labios con la espontánea cordialidad de otros tiempos; cada uno de ellos hacía sus reservas, las acariciaba, y por decirlo así, las rumiaba; cada uno pesaba las culpas del otro y las propias, y hallaba su platillo el más liviano.

Sobrevino al fin una hora fatal. El había llegado á su casa contrariado por algún desarreglo en sus negocios. Ella sabía que en semejante estado de ánimo bastaba una mera palabra para colmar su irriación; pero quiso la casualidad que se traspapelase un documento importante que él necesitaba con urgencia: la joven no acertó á encontrarlo, y fué reprendida con dureza. Ella se irguió esta vez y lo reconvinó con amargura y desdén. Dos manos crispadas cayeron sobre sus hombros y la sacudieron con violencia. Ella no se quejó, no profirió una palabra, dejó la casa de su marido y se fué á refugiar en la de sus padres de quienes, como hija única, era adorada.

El esposo fué á solicitarla allí sin pérdida de tiempo, le pidió perdón y juntos se restituyeron á la casa. Ella no pudo hacer otra cosa en vista de sus súplicas, sino á riesgo de parecer obstinada y terca; pero no había podido perdonarlo sino á medias, y una reconciliación efusiva, sincera, del corazón, era por el momento imposible. Así lo comprendió él, advirtiéndole que había sido estéril el sacrificio de su humillación. Porque cuando en la siguiente noche se sentaron el uno frente al otro, las manos enlazadas, ella sintió bien á pesar de la ternura que él le manifestaba, que las cosas no eran ya como antes. En apariencia todo estaba reparado; pero en el fondo ambos comprendían que su ternura no era ya genuina, y sin que desde entonces otra nube se hubiese interpuesto entre ellos, el amor vacilaba en sus pechos como la llama de una lámpara que está á punto de consumir el aceite que la alimenta. Allí estaba el abismo, ensanchándose día á día en medio de dos corazones desaltecidos y paralizados.

Hace mucho tiempo que esto sucede. En aquel instante la joven parece contemplar el abismo, se horroriza y se pregunta cómo es posible que las cosas continúen así. ¡Se amaban tanto antes! y ahora? ... No tiene él todavía suficiente poder sobre su alma puesto que todavía la fascina y encanta? El levanta la mirada, pero no para fijarse en ella; ve la lámpara, redobla la actividad de su luz y voltea otra hoja del libro en que lee. ¿Qué pasa en aquella alma? ¿Comprende su aislamiento? ¿Está conforme con él? ¿Está aún contento? ¿Piensa que esto puede y, sobre todo, debe cambiar? Ella nada sabe de todo esto: el interior de aquella otra alma es tan impenetrable como el de la suya propia. Ambos á dos son enigmas dolorosos que el orgullo hace indescifrables, que sólo el amor podrá aclarar y resolver. Ella llega á comprender hasta con horror que los dos son extraños entre sí. El la dirige algunas veces una mirada sombría. ¿Qué significa esta mirada? ¿odio, ira, ó queja y dolor? ¡Ah! si ella pudiera arrojarle otra vez en sus brazos y contemplarlo dichoso como en mejores días! Al pensarlo se estremece con delicia: muchas veces ha sentido este impulso, y el pensamiento ha pasado por su alma como un hermoso sueño. Pero una vez al frente de su marido, el abismo se abre de nuevo, se siente paralizada, y los brazos que quiere tenderle permanecen inertes á lo largo de su cuerpo.

## DAMAS DISTINGUIDAS.



Srta. Carlota Clayton

RESIDENTE EN MÉXICO

(Fot. Valletto)

En su interior una voz triste murmura la melancólica canción de lo que fué. ¡Es tan triste el aislamiento, y tan bella y sonriente la comunidad del amor. ¿Y esto ha de perpetuarse? No: seámos fuertes y olvidemos. Olvidemos que este abismo ha surgido entre nosotros. Nos amábamos y éramos felices; lo que intervinó fué una pesadilla! ¿Qué vuelva á ser todo como antes!

Pero sus labios, que debían murmurar estas cosas, permanecen cerrados: ¿Por qué nose despliegan para decirlos? Ella misma no lo sabe. Vuelve á suspirar profundamente, pero él no oye ese suspiro. Hace ya mucho tiempo que sus almas no gozan de la dulce fruición de semejantes citas.

El fuego languidece en la chimenea, el viento aletea con menos fuerza en las ventanas, y las calles de la ciudad están silenciosas. El reloj anuncia la hora

del sueño. El se levanta y enciende una bujía cuya luz alumbrá su rostro varonil, serio é inmóvil. Ella tiembla de susto y de congoja: parécete que él va á alejarse para siempre. Su pensamiento íntimo, fijo y concentrado en él mientras estaban sentados, siente que se rompe como la malla de una red que deja en el fondo del Océano un tesoro inapreciable.

Su corazón late con precipitación, como un reloj que apresura locamente su movimiento. Si encerrado en su cuarto aquel gas mortífero llegara á asfixiarlo, si se perdiera de su vista hundiéndose en las sombras, si transcurridos algunos minutos fuera ya demasiado tarde y el sueño se desvaneciera para siempre..... Y aun cuando nada de esto ocurra y el mañana sea como el hoy, ¿vale la pena de seguir viviendo así? ¡Con qué horror contempla ahora este género de vida! ¿Cómo he podido soportarlo? se pregunta.

Resurge en su imaginación el matrimonio suicida, el pobre y vacío cuarto cuya miseria le parece una opulencia comparada con la miseria de su bienestar. Al lado de ella, joven floreciente y rica, ¡cuán felices y verdaderamente ricos le parecen aquellos desgraciados! La imagen de estos muertos no la abandonará ya más y la acompañará siempre como hado amonestador atizando en su alma el tantálco deseo de un amor y una confianza compartidas.

El toma su libro y se dirige á la puerta; ni siquiera le dice ahora, precisamente ahora, aquel frío saludo de "buenas noches" con que hace tiempo acostumbra despedirse de ella. Se va. Por un movimiento irresistible, casi inconsciente, se apresura á seguirlo: ¡ahora ó nunca! Pero ¿qué quiere? ¿qué va á hacer? Ella misma lo ignora.

El oye sus pasos, el roce de sus vestidos, y mira atrás. Su mirada asombrada é interrogativa encuentra la de la joven. Ella se detiene algunos pasos delante de él. El abismo está entre los dos; no pueden salvarlo, ¡imposible! Un frío mortal invade su cuerpo ignora que las lágrimas inundan su rostro. En aquel instante él avanza un paso, uno sólo la bugia cae de sus manos, y la luz se extingue. Un sollozo estalla en su pecho y desgarrá su garganta como fuerza incontentible y poderosa que sale á la superficie.

Quién fué el primero en abrir los brazos? Nadie lo sabe, ni lo dejaron ver las lágrimas; pero el abismo está colmado. Dos brazos la han atraído dulcemente sobre un pecho bajo el cual el corazón resucitado por el amor toca la diana de la nueva vida.

Afuera el silencio es absoluto. Sobre las densas tinieblas brillan aquí y allá las luces de los faroles, y en lo alto, en un fragmento del pálido cielo del invierno, grupos de estrellas miran como testigos eternamente indiferentes los pasajeros dolores y alegrías de aquí abajo.

FRANCISCA DE EASCUTHER.

"Los mejores círculos no son los mayores; sino los más exactamente trazados; así mismo la mejor vida no es la más larga; es la más rica en buenas acciones.

Waller.

## "CE QUE JE VEUX"

[A Luis G. Urbina.]

No los versos sencillos de Anacreonte rimados en laúd de filigrana; ni los suaves acentos pastoriles del dulce y tierno trovador de Mantua; No las estrofas pobres de energía que dan los tristes ritmos de las harpas, cuyas vibrantes cuerdas han sonado con la misma canción; la misma escala; No los flébiles tonos, las imágenes inconexas, sin arte, que no hablan, cual siluetas de sueños, vaporosas que en los profundos tenebrarios pasan.... Yo quiero para mí la eterna estrofa de cadencias homéricas, que cantan guerreros trovadores en la brega y que el cincel en pórfidos reincarnal yo quiero para mí la eterna estrofa por Tólstoi y Verlaine, feliz, creada, de contornos robustos cual las formas del Hércules que en mármol se retrata.... ¡Dadme versos con vida, dó la sangre se sienta circular en cada estancia, versos cuyas imágenes desnudas muestren la forma que el buril realza! ¡Que el número sonoro, en el oído repita el clamoreo de la batalla!... versos que estén batidos en la forja donde el estro inmortal siempre se inflama. No los cantares páidos, sin fuerza, que vibran hoy para morir mañana; dadme estrofas dó el músculo se adune á la belleza ideal de la obra plástica! ¡Yo quiero para mí la eterna estrofa que lleve sav'a ardiente en las entrañas.... versos de cuyas notas se desprenda la risa ó el dolor. ¡que tengan alma!

¡Trovadores guerreros: la Epopeya, desde la cumbre de Helicón, os llama!... ¡Templad la lira de oro, y que el espacio pueblen las notas de inmortal hosana!

México, Julio de 1898.

LUIS EMILIO LEPINE.

## SOMBRAS.

A mis padres.

Hay en el alma lívidas visiones de ausentes seres, que espirando vimos, al compás de profundas oraciones: seres, ay! que queremos y quisimos.

Tienen rugosas y dolientes faces; y vierten de sus ojos empañados, una cinta de luz, como esos haces con que raya el invierno los nublados.

Lívidas, tristes, de la noche, hermana del sueño, en torno giran; y á la primera luz de la mañana, tan tristes cual llegaron, se retiran.

Pobres, pobres, que lloran cosas idas que se refugian en la noche oscura; y sus alas, sus alas desteñidas, caen plegadas en su amplia vestidura.

Amo esas tristes sombras desoladas, y tal cariño siento para ellas, que en mi alma, y en mis sueños sus miradas, tiemblan, como en las ondas agitadas el salpique de luz de las estrellas.

México, 1898.

MIGUEL E. PEREYRA.

## Al partir.

Es hora de partir; al fin me alejo; Quizá no vuelva ya, tú lo has querido. Sólo recuerdos de mi amor te dejo, Que morirán mañana en el olvido.

No lo extrañes, mujer, esa es la vida; Soñar, ebrios de amor y de contento, Y ver nuestra ilusión desvanecida Cual nube blanca que disipa el viento.

Pasaron ya los venturosos días En que al primer albor de la mañana, Temblando de placer me sonreías Tras el limpio cristal de tu ventana.

Las tardes silenciosas en que hablabas De azules lirios y botones rojos, Y una historia de amores me contabas Con las pupilas negras de tus ojos.

Las horas, en que humilde, penitencia Te obligabas á hacer en el santuario, Revisando callada tu conciencia Al repasar las cuentas del rosario.

Las noches magestuosas en que huía De cualquiera mirada inoportuna, Y bajo de las frondas, me escondía Del imprudente beso de la luna.

Las veladas sencillas de mi estancia, Do sumergido en gratas reflexiones, Jamás pense que es dardo la inconstancia, Que hiere sin piedad los corazones.

Todo pasó, como el placer, volando; Porque es la vida, vegetar creyendo En mil sueños de amor; dormir soñando, Y despertar, para vivir sufriendo.

HERIBERTO AGUIRRE Y FIERRO.



# ¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 8.

Pues el famoso hilo blanco plateado puesto en zig-zag en medio de la trama y del cual ningún sabio había podido descubrir la utilidad. ¡Como si la naturaleza pudiera producir nada inútil! Este hilo por consiguiente es útil y de la mayor utilidad, porque se emplea en los casos extremos, en las circunstancias graves, para ligar y dejar sin movimiento una presa cuya magnitud apenas hace creíble que la araña pueda contra semejante enormidad. Pues todo se logra con ese hilo que preserva la tela contra cualquier choque demasiado violento. Es una especie de cable de salvación, es el recurso supremo, es...

El Doctor se detuvo de pronto y sonriendo y fijando en la joven su mirada apacible y bondadosa, le dijo:

—Pero estoy fastidiando á usted, señorita, y hasta me parece que se defiende usted contra mi relato pensando en otras cosas mientras hablo. Excúseme usted... perdone mi manía ó más propiamente dicho, mi monamania.

—Al contrario; me ha sido muy interesante saber por boca de usted que las arañas no son tan tontas como yo creía.

—Siempre hay algo que aprender de ellas, dijo Lerbon, porque poseen en grado supremo una virtud que conduce á todos los éxitos: la paciencia.

—Ah! suspiró Nelly cómicamente, dirigiendo á Juan una rápida mirada de inteligencia: he aquí una virtud que yo no tendré jamás.

—Por lo mismo no quiero abusar de usted y voy...

Para retener al Doctor bastó que Nelly le pusiera brevemente su mano en un hombro, en tanto que le decía.

—No es esolo que quería decir y envidio las distracciones que halla usted en el estudio. Lo que sucede es que esto me recuerda un sueño que tuve.

—¿Qué sueño? preguntó el Comandante interesándose en la conversación.

—¿Se acuerdan ustedes de mis dos hadas, una que me auguraba que amaría yo sin ser correspondida...?

—Y otra que ofrecía el estudio como remedio contra las amarguras de amor, concluyó el Doctor. Pues las dos engañaron á usted. El estudio es un anestésico que...

—Preciosa frase, dijo de Chalmont.

—Que adormece de tiempo en tiempo pero que no cura. En cuanto á no ser amada... eso es imposible tratándose de usted.

—Eso no es más que una galantería, Doctor, y una galantería nada prueba. Puede uno estar segura de ser amada aun cuando así se le asegure? Vamos... usted que es un sabio profundo ¿podría decirme—hablemos de un hombre y la cuestión será más facil para usted—¿podría decirme que es lo que puede dar á un hombre la convicción de que es amado, sinceramente amado, sin que quede lugar á duda?

El buen Doctor sonreía frotándose las manos.

—Tenemos trazas de convertirnos en tribunal de amor—dijo—debemos sentarnos y mientras que mi araña acaba de comer voy á intentar responder aunque no soy perito en la materia; pero acaso valiéndome de las luces del Comandante....

—A fé mía, dijo éste, uno está seguro, absolutamente seguro de ser amado, cuando cree serlo.

—Eso, exclamó Lerbon, eso! Clemencia Isaura misma no habría contestado mejor. El amor es una religión y necesita apoyarse en la fé. El cre-

yente al comulgar, cree firmemente que es á Dios á quien recibe.

Y luego agregó con seriedad cómica.

—Y la mujer que ama se conoce por ciertas señales que en algo se parecen á la locura: tiene una idea fija, rechaza cualquiera otro sentimiento que no tenga por objetivo á su dios; se abandona por completo á él y está por él pronta á todas las abnegaciones, á todos los sacrificios, á todos los martirios... ¿Se espanta usted señorita Nelly? ¿No tiene usted vocación para el caso?

—No, dijo ella riendo. Lo que sucede es que no comprendo esas palabras retumbantes. Amar me parece muy sencillo, muy dulce; y eso que usted llama sacrificios no pueden ser sino una alegría si el fin es hacer feliz al sér amado.

—Pues tiene usted razón, replicó Lerbon, puesto que el sacrificio cuando es útil es la prueba cierta del amor, la seguridad de procurar á quien se ama una gran suma de dicha terrestre, hacerle realizar un sueño, penetrar en un pensamiento,

vacilar, pero de improviso con una especie de arrebató que no le era habitual, con gran sorpresa para sus amigos prosiguió:

—Excúseme usted, Comandante, y usted también, señorita Nelly, pero ¿quiéren que se los diga? Se están burlando ustedes de mí. ¡Ay! Ustedes creen que no soy capaz de adivinar más secretos que los de las arañas... ¡Pues bien; el de la Epeira era más obscuro que el de ustedes y aunque no sea yo un perito para leer en las almas, ya lo he dicho, se necesitaría que fuese ciego para no haberme apercebido de que se aman locamente ustedes dos y que se atormentan con luchas, dudas, esperanzas y vacilaciones, á menos que no lo estén fingiendo los dos... Amense pues, como todo el mundo, cásense y tengan muchos hijos y no me sigan haciendo decir tonterías!

El Comandante se puso en pié y con aspecto entre enojado y risueño respondió:

—Doctor: desde que vivimos juntos he comenzado á conocer á usted mejor y á apreciar el ardor que se oculta bajo su frialdad aparente y sin embargo, el tono de sus últimas palabras confieso que me deja sorprendido y acaso yo también adivino algo....

Lerbon interrumpió:

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada.

El Doctor insistió:

—Pero que quiere usted decir?

—Nada. Y para que de su parte sea usted igualmente franco conmigo, le confesaré que (aunque secreto de dos no tenga solo un dueño) que, lo que usted ha sospechado es verdad... á lo menos de mi parte, pues amo á Nelly.

—¡Que feo es hablara sí, interrumpió Nelly.

—La amo profunda y sinceramente, como se ama á la edad de usted Doctor, como se ama á mi edad cuando se siente que es el último amor. Pero ella que es tan joven ¿no puede estar equivocada?

—¡Y todavía duda! dijo Nelly melancólica y entristecida... Y quedará siempre, siempre...

¿Cómo probarle?

—Dentro de dos ó tres días, añadió Juan, vamos á separarnos, forzosamente, y no será posible que volvamos á vernos sino después que entregue á mi sucesor el mando del *Colibrí*. La ausencia nos iluminará.

El Doctor que había recobrado su calma habitual preguntó sonriendo:

—¿Por qué dice usted «nos iluminará» si está seguro de sí mismo?

—Quise decir: «la ausencia hará luz» rectificó el Comandante.

Si el Doctor hubiera querido revelar el pensamiento que pasó por su cerebro en ese momento y lo alumbró con claridad de esperanza, habría dicho: «Cuando se vacila así, cuando se prepara una puerta de salida, es que no hay resolución firme y debe uno andarse con cuidado porque un soplo, cualquier cosa puede cerrar esa puerta.... Conozco hombres de más edad que usted, los cuales....

Pero Lerbon no quiso revelar su pensamiento á nadie, ni aún á sí mismo y calló mientras Nelly reflexionaba: «Sí: vacila, y apesar de sus juramentos se guarda algunas reservas; lejos de mí cavilará y la razón es fría de por sí....

¿Cómo convencerlo de mi amor? ¿Cómo ligarlo?....

Y no teniendo para callar los mismos motivos que el Doctor, replicó:



cumplir en una imposibilidad física, leer á través de un cuerpo opaco una frase que no ha sido escrita.

—Bravo, dijo el Comandante, bravo, Doctor! A lo menos tiene usted la vocación.

—En mi alegría de haber descubierto el secreto de la Epeira, me sientó con vocación para todo; y por agradar á la señorita he querido salir una vez siquiera del dominio científico en el cual el amor se trata de un modo más simple, más práctico y es fuerza reconocer que más justo.

—Es muy malo, Doctor, muy malo eso que está usted diciendo. Y yo que escuchaba de tan buena fé... pero desgraciadamente los sacrificios no están al alcance de todo el mundo y yo no podría ¡ay! hacer ninguno.

—¡Quién sabe! Los sacrificios no son sino formas diversas que toma la caridad y no hay quien carezca de ocasión para ejercer esta virtud aunque sea humildemente puesto que no siempre lo más valioso es lo más meritorio.

Se detuvo un momento mientras que Juan y Nelly sonreían: luego los contempló y pareció



—¿No he sufrido ya la prueba de la ausencia? ¿No podríamos vernos antes de tan largo plazo? Si la ausencia es necesaria lo será por usted pero no para mí que con este amor satisfago á la vez mi corazón, mi razón y mi orgullo en tanto que usted. . . .! oh! que no pueda yo con uno de esos sacrificios á que aludía el Doctor probar á usted toda mi adhesión! La ausencia que de nuevo va á separarnos y por tanto tiempo, será en verdad una prueba cruel pero yo la soportaré con valor sin tener nada que temer de mis propios sentimientos aunque tenga que temer algo por los de usted. Sin embargo, abrigo cierta confianza. . . . ¡Es tan comunicativo el amor!

Juan le tomó las manos como una muda demostración pero Nelly se desprendió del dulce lazo, y mientras el Doctor la observaba con tanta curiosidad como si examinara una Epeira, ella añadió con exaltación.

—Decididamente no quiero promesa alguna; las que me ha hecho usted se las devuelvo, pues no quiero conservar más que mi esperanza. Sea lo que fuere el porvenir ¿me comprende usted bien? sea lo que fuere recordaré á usted con eterna gratitud por haber insistido en amar á una joven como yo, después de lo que le he referido. . . . .

El Doctor sorprendido, no pudo menos que preguntar:

—¿Y qué puede usted, señorita, haber referido que sea grave?

Nelly iba á responder acaso con franqueza y á revelar su nacimiento, por lo cual de Chalmont se apresuró á cortarle la palabra.

—Niñerías, dijo, intentando sonreír, niñerías, porque la señorita Nelly, como ya lo tengo dicho, no es más que una chicuela y estoy admirado de que nuestra conversación esté tomando este tono de seriedad delante de usted, querido amigo:

—No, yo no soy una chiquilla, declaró Nelly con energía, y sabré probarlo oportunamente. . . . pero como usted, ruego al Doctor no: perdone por haberle hecho presenciar esta escena. . . .

—De familia, concluyó Lerbon, de familia, porque tengo mucho afecto al Comandante y usted me inspira una simpatía sincera por más que mi carácter sea poco comunicativo.

Juan contestó:

—Gracias, Doctor, gracias, y fiado en esa amistad, ocurro á ella para suplicar á usted no revele un secreto del cual ha descubierto usted la mitad y que nosotros le hemos revelado por entero. El Mayor Stephen son no sabe nada todavía y es necesario que no conozca nuestros proyectos más que cuando se los demos nosotros mismos á conocer.

—Ah! dijo Lerbon. ¿No le han dicho ustedes nada?  
Y fijando en Nelly una





mirada profunda por encima de los anteojos que velaban sus indagadoras y penetrantes pupilas, preguntó:

—¿Y está bien eso, señorita? ¿Pues qué aguarda usted?

Nelly se ruborizó un poco, (lo que después de todo era natural) y fué el Comandante quien por ella dió la contestación:

—Esperamos mi regreso, dijo, pues Nelly lo ha querido así.

Lerbon tuvo una idea que no expresó en voz alta.

—Es curioso, pensaba para sí, es curioso cómo poco á poco esta joven me va pareciendo muy diferente de lo que me pareció en un principio... Seré ahora más clarividente ó estaré más ciego que entonces?

Y en voz alta agregó:

—Decididamente no comprendo á ninguno de los dos, pero ustedes se entienden y eso es lo que interesa; por mi parte doy mi palabra de que á nadie diré nada y pueden ustedes estar se-



guros de que la cumpliré. La confesión que me han hecho les permitirá cuidarse de mí menos que antes y en esa confianza, me retiro; voy á ver á mi Epeira que tal vez tenga otros secretos á mi disposición.

—Ya hay pruebas evidentes de que los secretos no lo son para usted, Doctor, dijo Nelly con una sonrisa arrebatadora.

—Muy bien podría ser! contestó Lerbon levantando la cortina que cubría la puerta de su cuarto, muy bien podría ser... Adios, señorita, hasta la vista, Comandante, voy á arreglarme un poco el traje para bajar á Mayotta donde permaneceré hasta cerca de la hora del almuerzo.

Y dejando caer la cortina se metió á su huronera.

Entonces Nelly dando un beso al Comandante dijo:

—Ya te probaré, ya te probaré que no soy unachiquilla.

Iba él á pedir explicación de estas palabras pero Nelly se escapó de sus brazos y se fué corriendo al camarote de su padre.

—Adios, dijo con alegría venida de improviso, yo también, Comandante, le devuelvo á usted su preciosa libertad y... ¿sabe usted lo que debería hacer de ella? pues aprovecharla para ir á la casa del Gobernador. Entre tanto, daré á papá los buenos días y me embelleceré para esperar la vuelta de usted. Regrese pronto, pronto... Es tan agradable esta vida y nos va á durar tan poco...

## VII.

### PRUDENCIA, ADIOS!

Después de permanecer dos días en Mayotta el *Colibrí* aprovechando las últimas luces de la tarde, franqueó los pasos sinuosos de la salida y se dirigió á Anjouan donde esperaba dar fondo á la mañana siguiente. Pasaría allí el día y por la tarde iría al fin á anclar frente á Mohelia.

Es cierto que el Mayor y su hija no desembarcarían apenas llegados y en plenas tinieblas en un país en que la noche llega con tanta rapidez y esperarían al otro día, pero este día ¡estaba tan cercano! y luego partiría esta joven que llenaba el barco de alegría, de sonrisas de amor...

El *Colibrí* tendría que permanecer tal vez una semana en Mohelia, donde el Sultán y el pueblo estaban en desacuerdo, pero Nelly no seguiría á bordo sino en tierra, en las posesiones de Tomás Pool *esquire* y esto no era lo mismo. Juan no la vería al despertar como aquí, no se sentaría en la mesa á su lado, ni la sentiría muy cerca á cada instante, ni haría con ella largos paseos por el campo, entre las rocas agrestes á la orilla del mar como lo había hecho en Mayotta y en Nossi-Be... Por la noche, no estaría ella en la puerta del comedor presentándole los labios para recibir el beso de despedida.



Con que íntima dulzura guardaría en su corazón y en su memoria tan preciosos recuerdos si los sucesos no hubieran venido á un punto en que el remordimiento empezó á cumplir sumartirizadora labor.

Stephenson, un poco ébrio, como todas las noches, se acostó muy temprano, y el Doctor, después de pasear un rato por el puente con el Comandante y Nelly, se fué á reunir á sus arañas. Entonces los dos amantes se sentaron en un banco á proa de la embarcación. Del cielo claro y luciente se deslizaban como fuegos artificiales las estrellas errantes, el mar presentaba á trechos surcos fosforescentes; las luciérnagas venidas de la costa parecían inmóviles en el aire: se habría dicho que había fuego en esa atmósfera que ningún soplo agitaba y sin embargo comparada con el calor abrumador del día, ¡que fresca y grata se sentía la noche!

Ningún rumor llegaba de la cercana costa; á bordo no se oía más que el chirrido de la rueda manejada por el timonel, quien á intervalos regulares *picaba la hora* en la campana de bronce que vibraba largamente.

Para reanudar la conversación interrumpida al partir el Doctor, Juan soltó esta frase banal pero que hace siempre estremecerse profundamente á los corazones enamorados:

—¡Que hermosa noche, amada mía!

Nelly no respondió: tembló toda, aproximó al cuerpo de Juan, su cuerpecito envuelto en un ligero peinador blanco, tomó la mano del marino, reclinó la frente en su hombro y cerró los ojos.

El no osaba hablar, ni moverse para no interrumpir los ensueños de la joven y sonreía feliz, al sentirla tan completamente suya en medio de esta soledad profunda y á la luz de las centilantes estrellas.

Aunque Nelly parecía también enteramente feliz, Juan creyó sorprender en sus ojos el brillo de una lágrima, inclinó la cabeza para asegurarse y posó los labios en su megilla.

No se había equivocado; la joven lloraba dulce y silenciosamente bajo una emoción profunda en la embriaguez de su amor.

Más conmovido por estas lágrimas que si le hubiera dado un beso, preguntó tiernamente:

—Y por qué lloras tú?

Ella entonces como disgustada por haber sido sorprendida, se levantó bruscamente, enjugó sus ojos y respondió en tono burlesco.

—Con que usted creyó que estaba yo llorando? Pues no. Dormía, soñaba y era feliz. ¡Si usted supiera! Hizo usted mal en despertarme. Adios, buenas noches, me voy á recoger.

Juan la siguió sin explicarse la situación y en la puerta del camarote le dijo, tendiéndole la mano y con voz suplicante:

—Me perdona usted? Ha sido muy severa conmigo y me está castigando cruelmente. Por qué se retira usted tan pronto? Estábamos tan bien allá arriba! No piensa usted en el precio de las pocas horas que nos quedan de estar juntos?

Por un largo espacio de tiempo, ella le retuvo la mano, apretándosela como para no dejarlo ir, y no hablaba y temblaba y seguramente de un modo inconsciente lo atraía hacia ella en un movimiento nervioso como para hacerle franquear el dintel de la puerta.

—Tiene usted razón, dijo luego, soy una tonta: hay días en que no hace uno lo que quisiera. No sé lo que tengo esta noche, estoy nerviosa, agitada, contrariada y enojosa, y tengo miedo. Es mejor que me quede yo sola. Déjeme usted, déjeme usted Comandante, buenas noches, duerma bien, si puede.

Juan presintió que el momento era grave y trató de bromear, apesar de que se sentía con fiebre.

—Decididamente, estamos reñidos? le dijo, no me da usted esta noche el beso de despedida, como lo hacen los niños bien educados?

Ella al contrario, como un chico rebelde, dijo con voz impaciente.

—¡Déjeme usted, no. ahora no, déjeme usted!

Y luego añadió amorosa:

—Y sin embargo, no estamos reñidos, allá va la prueba.

Y con las puntas de los dedos le envió un beso volado. Luego alzando la cortina muy rápidamente, penetró al fin de un salto en su camarote.

Juan permaneció un momento inmóvil detrás de esa tela leve que le separaba de su amada, conservando el brazo en la misma actitud en que quedó cuando también con un beso volado le devolvió el suyo, y después hizo intención de par-

tir, pero apenas dados algunos pasos, volvió sin ruido y al través del tejido transparente vió á Nelly sentada en una silla, apovado la frente en sus manos y llorando todavía. El tuvo impulsos de precipitarse y arrodillándose á sus pies, enjugar con besos aquellas lágrimas, pero en ese momento Nelly se levantó, dirigiéndose hacia esa cortina, breve barrera que los separaba.

A punto de levantarla vaciló como indecisa y espantada.

Juan quería huir, pero la curiosidad le tenía clavado en aquel sitio todavía.

¿Creería ella que Juan estaba allí? No era de pensarse, pues le oyó irse y debió suponer que entró en su cámara al lado de la de Nelly y que estaría leyendo ó habría subido al puente sin resolverse aún á dormir. Juan veía, adivinaba los combates de esta alma débil como la suya, y observaba que la pobre niña tenía como miedo de sí misma.

El Comandante se decidió al fin á partir; y de puntillas para no hacer ruido, atravesó á tientas el comedor obscuro, guiado no más por la lámpara que ardía en el camarote de Nelly y que dejaba filtrar una tenue luz á través de la cortina. Así buscaba su camino, para subir por la escalera á cubierta, bajo el cielo tranquilo, pero tropezó con un mueble y se detuvo.

Nelly de un salto se asomó á la puerta y envolviendo su cuerpo en la cortina y asomando no más la cabeza, preguntó con voz á la vez inquieta y amorosa:

—¿Quién anda por aquí? ¿Es usted, Juan?

—Sí, Nelly. ¿Aún no se recoje usted?

—¿Dónde va usted?

—Al puente, solo, puesto que usted me ha abandonado ¡ingrata!

—Pues vamos.

Y volvieron al puente los dos.

Empezaba á amanecer cuando ambos, ebrios de felicidad volvieron cada uno á su camarote.

A la hora del almuerzo, como si nada hubiera sucedido tendió la mano Nelly á Juan sin ninguna conmoción aparente, y sin embargo, el corazón le palpitaba con fuerza y apenas habló al principio: luego pensó que esta actitud tan poco común en ella iba á venderla, pues el Doctor la observaba ya con ojos de sabio escudriñadores y empezó á charlar con volubilidad no importa sobre que y á reír con cualquier motivo.

El Doctor no la observaba menos atentamente que cuando estaba silenciosa, y muy sorprendido y ligeramente inquieto se preguntaba si no estaría su amiguita con fiebre. Tal vez hasta adivinaba algo más. El buen Doctor tan taciturno cuando las arañas se le conservaban reservadas y misteriosas, lo estaba ahora más aún y conformándose con sonreír á las travesuras de Nelly, bebió á grandes sorbos su café y se retiró á su laboratorio pretextando la necesidad de escribir algunas cartas.

Stephenson había permanecido más tiempo con su hija y con el Comandante, no porque la conversación le interesara gran cosa, pues casi ni escuchaba lo que decían, sino porque como se había dado prisa con el primer vaso de cognac, quería ser más parsimonioso con los siguientes. Para este fin, se tendió en un sillón de paja, y cerrando á medias los ojos, gozaba de su placer favorito hasta que se durmió.

Entonces Nelly que había estado hablando de cosas que le eran absolutamente indiferentes, tomó á Juan la mano y se la estrechó conmovida; Juan le dijo con el tono más natural que le fué posible:

—Nelly, hoy no hemos ido á nuestro paseo de costumbre ¿quiere usted que vayamos cuando haga menos calor?

Nelly respondió en voz muy baja y escondiéndole los ojos.

—Ya sabe usted bien que yo quiero... todo lo que tu quieras, amor mío!

Luego, después de una vacilación añadió más quedo todavía.

—Ya es mi deber ahora... y un deber muy agradable por cierto. No ves que soy... .

El le cerró los labios con un beso, más bien que para acariciarla para impedirle que hablara pero Nelly concluyó.

—No ves que soy ya tu mujer?

Al oír estas palabras Juan sintió una especie de estremecimiento interior y dirigiendo una mirada al Mayor Stephenson y observando que seguía durmiendo tranquilamente, posó por segunda vez sus labios sobre los labios de Nelly que

estaba ruborosa; pero cohibido por la presencia del padre, pronto tomó una actitud natural.

—Oyeme Nelly, dijo en seguida: en tierra hablaremos con más libertad, porque tenemos mucho que hablar y seriamente, amor mío. Anda á dormir tu siesta habitual y te iré á buscar á tu camarote esta tarde á las cuatro.

Nelly se atrevió esta vez á fijar en él sus ojos, y habría querido leer en ellos de antemano lo que intentaba decirle durante este paseo; y luego tranquilizada sin duda por el aspecto de Juan contestó haciendo una reverencia, aquella gran reverencia aprendida en el convento de Montreal:

—Obedezco, señor, pues ya no tengo derecho de hacer otra cosa. Hasta la vista!

Y enviándole con las puntas de los dedos un beso volado, y haciendo una mueca infantil y graciosa que le era característica, entró en su cuarto y después, sin ganas de dormir se sentó en un sillón y se puso á soñar con los ojos abiertos.

Juan no quería ni permanecer en el comedor ni ir al salón y refugiarse á su cámara que estaba tan cerca de la de Nelly... . Deseaba sustraerse á su influencia que le hacía débil y coarde; y ahora, cuando ya no había remedio comenzaba á tener conciencia de sus actos, y una mezcla indefinible de alegrías, de temores y de remordimientos le llenaba el corazón. Para poner en orden este enjambre de ideas tumultuosas necesitaba reflexionar y encendiendo un cigarro se puso á pasear pensativo por el puente á la sombra de la toldilla.

Por unos instantes Nelly oyó los pasos de Juan sobre su camarote y después comprendió que se había pasado al otro extremo seguramente por no despertarla. Aunque no podía ser vista por él la joven sonrió y levantando la cabeza le envió un beso... oh! en verdad que no tenía intenciones de dormir; era demasiado feliz y se sentía febricitante. Aún no sentía remordimientos y la cortedad de presentarse delante de la gente que sintió al principio, había empezado á disiparse.

Tan frecuentemente pensaba en Juan, se sentía de tal modo esposa suya que estaba regocijada y como orgullosa de habersele sacrificado.

“No hay nadie tan pobre —había dicho el Doctor— que no pueda consumir un sacrificio en un momento dado y habría podido agregar: “los mejores pensamientos pueden motivar los peores actos según el corazón de cada persona.” Porque Nelly se había apoderado de las palabras de Lerbón y con ellas se había narcotizado como hubiera podido hacerlo con un ramo de amapolas ó con el perfume de la reina Binao, borrando así sus escrúpulos de conciencia.

¡Qué feliz se sentía de haberle dado una gran prueba de abnegación! Ella había dudado, dudaba aún de que Juan le cumpliera sus promesas, y de consiguiente, ningún pensamiento calculista ó interesado normaba sus actos. Esto suponía Nelly creyéndose sincera. ¡Qué talento tenemos todos para vestir y engalanar los espectros de nuestras faltas, que nos espantarían de fijo si se nos presentaran en su odiosa desnudez!

¿Pero qué llama era la que brillaba en los ojos de la coqueta joven, por más que lo dudara, sino la de la ambición? Si solo el amor la hubiera impulsado no estaría tan triunfante y feliz; lamentaciones y dolores se mezclarían á su alegría y sus sonrisas se mojarían con lágrimas.

La satisfacción del bien alcanzado y el orgullo de la victoria era lo que le hacía olvidar al dolor de la caída. No: su mirada no era la mirada lánguida y pudorosa del amor vencido pasando al través de sus pestañas de oro, y no era la expresión de la resignación lo que contraía sus labios; pero pronto esa llamarada se habría extinguido en sus ojos y habría desaparecido esa triunfal sonrisa, si hubiera Nelly podido observar las rebeliones que se agitaban ya y rugían en aquel corazón que ella juzgaba completamente subyugada.

Exacto á su cita, Juan acudió á las cuatro de la tarde para llevar á su amada al paseo prometido y se hicieron llevar con la lancha á una bahía pequeña y desierta en la que había árboles que bañaban sus troncos en las olas. Dijeron al patrón que les esperara allí y desembarcaron tomando luego el único sendero practicable que había á través de los árboles y que se dirigía á una aldea que erguía á lo lejos sus casas pintadas de blanco.

(Continuará)



## PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1—SCMBRERO DUQUESA.

## La educación bajo su doble aspecto de utilidad y ornato.

Que es una necesidad imperiosa la completa educación femenina en los tiempos por nosotros alcanzados, es cosa que nadie ha pensado ponerlo en duda, y que el orden y tacto que esa educación exige, es cosa principalísima de estudio para las madres prudentes y cariñosas, tenemos ocasión de comprobarlo infinitas veces en el variado transcurso de los días.

Ahora bien: tratados de educación se han escrito muchos; todos son incompletos, dejan bastante qué desear y la mayoría de ellos sumergen en un cúmulo de dudas á la persona, madre ó deudo, que se ve en el caso de arrostrar las graves responsabilidades anexas á la formación, por decirlo así, moral de una joven. ¿Por qué? Muy sencillo; porque en modo alguno un mismo patrón puede adaptarse á la infinita variedad de caracteres, posiciones é inteligencias que forman el núcleo femenino. Lo sano y lo lógico estriba pues en sentar reglas generales acertadas; los pormenores y detalles quedan á la discreción de cuantos

en una educación intervengan, y aún juzgo que pueden proporcionarlos mejor las circunstancias especiales que rodeen á la educanda.

Desde un principio importa englobar el tema bajo sus dos esencialísimos únicos aspectos: la educación de utilidad y la de ornato, no vacilando á renglón seguido en asegurar que por mil causas, la primera ha de ser más importante que la segunda. Lo que tenga positivamente de útil la educación de una mujer, redundará en provecho de ella misma y de cuantos evolucionen en torno suyo, padres, hermanos, maridos, hijos; por lo tanto, ya que á los mencionados extienden su bienhechora influencia, natural nos parece que lo que así influye en el porvenir, tienda á ser considerado con todo esmero y diligencia. Lo útil á la educación femenina es cuanto se relaciona con el hogar, el conocimiento exacto de los deberes, y además lo que concierne al empleo del tiempo y á la manera de ordenar los actos de la vida. Todos estos elementos educativos utilísimos, han de ser transmitidos á la mujer desde su infancia, presidiendo á su ordenación un conocimiento del mundo y del alma, cuanto más perfecto sea posible; por eso deseamos en las madres, además de un gran caudal de amor, una

ilustración vasta, pero apropiada para ser transmitida dulcemente sin empalagosas disquisiciones.

Respecto á la parte de educación que condensa el ornato femenino, sin que de él en absoluto deba carecer mujer alguna, bien podemos decir que es susceptible sin peligro de importantes restricciones, cuando la posición social las hace necesarias, y de amplitud infinita también en caso contrario. Música, idiomas, literatura, dibujo, pintura, nociones de arte y labores de fantasía: he aquí lo que entendemos los modernos por educación de ornato. Pues bien; suele suceder que abarcando tantas materias, la edad educativa es corta para poseerlas aunque sea de un modo imperfecto. ¿Cómo no ser así si sólo lo mencionado no basta una vida entera para asimilarlo? Queda, pues, sentado, que la mujer recibe nociones más ó menos ciertas de mucho, pero no llega al posesionamiento del todo.

Y ahora nuestras lectoras nos permitirán que introduzcamos á este estudio general una opinión particularísima nuestra. Admitiendo la posibilidad de que una familia pueda otorgar á una joven la educación brillante y envidiable, que no repara en sacrificios pecuniarios, lo más cuerdo sería considerar para



que se reuna más, mejores aptitudes, bien sea la música, la pintura, las letras, etc., y encausar por ese sendero el plan de educación de ornato, pues de esta manera, ni se pondría á prueba la paciencia de la educanda, impeliéndola á estudios que no fueran de su agrado, ni se tiraría inútilmente el dinero contrariando vocaciones y gustos.

La educación del adorno circunscrita á los elementos que permiten brillar en sociedad resulta casi siempre deficiente, cuando no inútil; apenas la mujer así educada se casa y penetra—si es buena—de todo corazón y con todo el entusiasmo de que es capaz, en los problemas arduos de la familia y del hogar, esas doradas frivolidades á tanta costa adquiridas, se desvanecen como el humo; prueba evidente de que no son necesarias. Lo útil, por egoísmo propio, procura el individuo conservar. Creedme, queridas lectoras mías, lo que queda en pie de la educación de una mujer, pobre ó rica, para el caso es igual, siempre viene á ser la educación práctica, la que al hogar, á la familia y al deber hace relación. A ella, á ese capítulo importantísimo de la dicha humana, deben encausar las madres sus perseverantes esfuerzos, toda la previsorá ternura de que es susceptible su amante corazón y su clara inteligencia.

Aquellas madres que por vanidad, sólo en concepto de lujos se afanan porque en sus hijas se sobreponga la educación de ornato á la de utilidad, se hallan en un lamentable error, que no podrán corregir á tiempo, pues formando la educación la base de nuestro carácter y nuestras costumbres, una vez constituido el ser moral femenino, nadie puede torcer los emprendidos rumbos, y el hogar donde domine la mujer de educación imperfecta, será la primera víctima de la imprevisión de una madre vanidosa ó poco experta.

Partamos seriamente siempre del principio salvador, de que la mujer ha nacido, en primer lugar, para hacer la felicidad de su marido: para conseguir esto no son necesarios los elementos de adorno, sino lo práctico de la vida, amalgamado con la pura moral y las nociones de cuanto nos permite conocer el mundo y los seres bajo su verdadero aspecto, porque así, con escaso esfuerzo, evitaremos desengaños y peligros.

De una mujer educada bajo los austeros principios del deber y de la utilidad práctica, puede esperarse



FIG. 2—TRAJE DE PASEO

**Los enemigos de los tomates**

Los tomates son una fruta que se estima en todas partes por su buen gusto y por la infinita variedad de platos que se pueden confeccionar con ellos. Su cultivo es, además, bastante fácil, pero sin embargo de su vigor y resistencia las plantas sufren de vez en cuando ciertas enfermedades que las debilitan ó el ataque de los insectos que las destruyen. Estas enfermedades y estos insectos son el enemigo con quien tiene que luchar el hortelano que quiera sacar de los tomates el provecho que pueden dejarle. La más frecuente de las enfermedades es el tizón, la cual se manifiesta en forma de una mancha negra en el punto de los tomates donde estaba la flor y que poco á poco se va extendiendo hasta que por fin cubre toda la superficie. Generalmente esta enfermedad ataca á los tomates más temprano y á medida que la estación avanza va desapareciendo. La causa de ella parece ser el abono que se echa en la huerta sin haberse descompuesto por completo. El remedio consiste en abonar exclusivamente con abono bien maduro, al cual se añade un poco de nitrato de soda y cenizas de leña.

Otras veces, el mal ataca á los tallos de las plantas, cerca del suelo, y entonces se marchitan, las hojas se ponen amarillas y al cabo mueren. La causa y el remedio de esta variedad del mal son los mismos que dejamos indicados más arriba.

El gusano verde (*Phegethontinus celus*) que ataca los tallos y las hojas procede de huevos que ha dejado en ellos la hermosa estinga. Estos gusanos, siempre voraces, se deben coger uno por uno para matarlos tan luego como aparecen. Hay también otros gusanos, de color pardo amarillento y hasta de una ó dos pulgadas de largo, que corren las plantas cerca del pie. Las mariposas que ponen los huevos de que éstos salen son nocturnas, abundan en el verano y cada una pone de 200 á 500 huevos. Luego que corta la planta, los gusanos se ocultan en el suelo cerca de ella, y escarbando un poco se descubren para matarlos.

El insecto de las patatas suele hacer también bastante daño á los tomates, pues ataca á los tallos para alimentarse de ellos. Si abundan mucho, lo mejor es destruirlos rociando las plantas con una solución de verde de París, lo mismo que se hace con las patatas.

En tiempo húmedo ó de frecuentes lluvias, los tomates suelen rajarse mucho, especialmente los que están madurando y algunas especies más que otras.

Para este mal no hay otro remedio que el de recoger el fruto luego que empieza á madurar, antes que la piel se rasgue por el exceso de agua que las plantas absorben.

Algunos de los tomates muy buenos que se quieren guardar para semilla, etc., se pueden proteger ta-

todo, de aquella que cifrara sus efímeros éxitos sociales en el conjunto de frivolidades que tantos partidarios tiene en la época moderna, nada ó casi nada. Fijémonos en las ventajas que ofrece lo uno y en los inconvenientes propios de lo otro, y considerando en globo la educación femenina en toda la inmensa trascendencia que entraña para el progreso del mundo y la felicidad del hogar, invitemos á las madres á que midan la importancia de la labor moral y material que les está encomendada. Un hábil jardinero se desvive por lograr, aún bajo climas contrarios, el espléndido desarrollo de una flor: flores son también las mujeres en la feliz adolescencia, y de ellas ha de cuidar la madre con amor y con constancia infinita, á fin de que un día pueda sentirse orgullosa de sus desvelos. No importa que también en la atmósfera poco sana del mundo, cueste arraigar lo noble y lo bueno: dentro de una sociedad perfecta, la virtud no sobresaldría por ser regla general. Formar mujeres virtuosas y sólidamente ilustradas en las postrimerías de un siglo que tanto tiende á renovación y mescolanza es la dulce y santa tarea que la sociedad encarga á las madres, tendiendo con poderoso anhelo al mejoramiento de las razas.

JOSÉ P. DE COLLADO.

**UNA RECETA.**

Un poco de tiza pulverizada y unas gotas de amoníaco quitan fácilmente las manchas que los sedimentos del agua dejan en los lavamanos de mármol

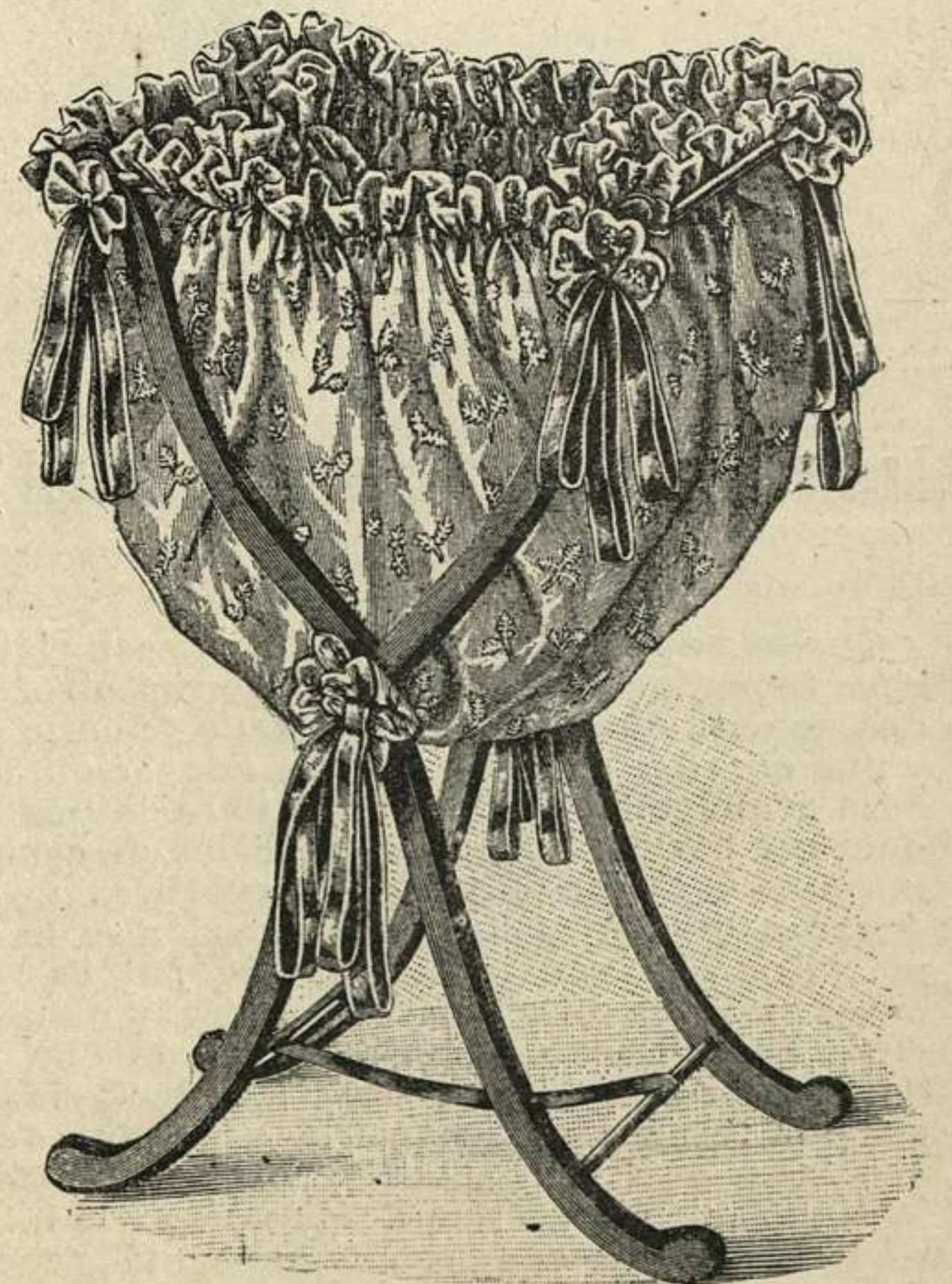


FIG. 7—CESTO PARA ESCRITORIO



FIG. 3—CUERPO ÚLTIMA NOVEDAD





FIG. 4—TRAJE DE RECEPCIÓN Ó GARDEN PARTY



FIG. 5—TOILETTE PARA PASEO

pándolos con una caja ó con una estera, pero, naturalmente no siempre se puede hacer con todas las plantas.

**La prensa y el divorcio.**

Los periódicos franceses se ocupan de la reconciliación de la célebre actriz Mad. Réjane y su esposo Monsieur Porel, director de un teatro de París.

Mad. Réjane entabló demanda de divorcio, y varios de los más ilustres cronistas de la prensa parisiense publicaron largos artículos para convencer á la gran actriz de lo inconveniente de su petición.

Emmanuel Arene y Edmond Lepelletier han hecho una brillante campaña para lograr la reconciliación de los esposos.

Varios diarios de París dicen que en vista de que son pocos los conyuges que se reconcilian por los consejos de los tribunales y del excelente resultado alcanzado por los cronistas, la prensa debe interponer sus buenos oficios cerca de los matrimonios mal avenidos para evitar el divorcio.

Pues ya es tarea.

No hablemos mal de nuestros enemigos, porque son los únicos que jamás nos engañan.

\*\*

El dinero es la última palabra del mundo civilizado; un puñado de oro tiene más probabilidades de alcanzar lo que se desea que un puñado de verdades.

\*\*

Jamás serán tan elocuentes en la tribuna los hombres políticos de todas las naciones, como lo es la madre de familia en su casa.



FIG 8—TRAJES DE CASA.

**Nuestros Grabados.**

FIG. 1—SOMBRERO DUQUESA.

Muy lindo sombrero de paja tabaco, mostrando delante un elegante nudo Luis XV, de cinta de terciopelo negro. A la izquierda touffe de rosas the, rosa pálido y rubis claro con follajes y botones apretados en un nudo de blonda antigua que se drapea detrás y sobre el costado derecho.

FIG. 2.—TRAJE DE PASEO.

Es de muselina á rayas diagonales, con gran aplicación bordada en la falda y en el cuerpo, formando en este último, un semi-bolero muy gracioso, prendido por un elegante lazo y que se abre sobre un plastrón triangular ligeramente chifoneado. Cinturón de raso negro, prendido con una hebilla fantasía.

FIG. 3—CUERPO ÚLTIMA NOVEDAD.

Es de sarga de seda crema, con adornos de cinta bordada alternados con plissés ligeros en bandas paralelas. Una gran corbata fantasía, estilo papillón, figurada y tres órdenes de yockeys constituyen los adornos principales de la prenda. Cinturón de satín crema también con elegante lazo á la izquierda y grandes volantes ornados de blonda, en el remate de las mangas.

FIG. 4—TRAJE DE RECEPCIÓN Ó GARDEN PARTY.

Es todo de crespón y piel de seda, la cual forma una faldeta de fantasía estilo colombina con puntas que en su intersección tienen elegantes lazos prendidos.



didados con hebillas de plata. Estos se repiten en el corpiño sobre las bandas de piel de seda que alternan con el crespón

Elegantísimo modelo es este que tiene detalles de adorno como el de las mangas, de una suprema originalidad.

FIG. 5.—TOILETTE PARA PASEO.

Es un modelo elegante de velo de parma, guarnecido de malinas y de pequeñas vueltas de satín cielo.

Está compuesto de una falda con tablero, que proporciona el volante.

Este está coronado de una blonda que asciende por el corpiño de manera que simula un delantero abierto sobre un chaleco formado por una línea de botones.

El corpiño está hecho de una espalda tendida y de delantero fruncido en el talle.

La parte superior del delantero se repliega para formar dos vueltas que se recubren de satín incrustado de encaje.

Un pequeño empiezo de satín, forma una de las aplicaciones más graciosas.

FIG. 6—UN GRUPO DE MODELOS PARA ESTÍO.

Nanzuk, bengalina, foulard y escocés de algodón: he aquí los grandes componentes de los trajes que



FIG. 9—FORRO DE SACHET.

forman el encantador grupo que ofrecemos hoy á nuestras lectoras.

Todos son de una factura tan sencilla como ligera y elegante y de colores medianamente vivos, tal cual se estilan para trajes de esta estación.

Elijan nuestras lectoras, que hay de sobra donde elegir en grupo tan armonioso y lleno de novedad.

FIGURAS 7, 8, 9 y 10.

Incluimos en este grupo una serie de labores para damas, propias para los largos días del estío, en el que figuran verdaderos *tours* de coquetería y de gracia, y una colección de modelos para trajes de casa de formas sencillas: delantales, un jacuet de dril, una bata de escocés de algodón claro, una de sarga obscura y la espalda de la propia bata de escocés.

Hemos elegido los modelos más en boga.

La educación es un cepillo que alisa los ángulos, pero que no puede mejorar la madera

A HOUSAYE.



FIG. 10—TAPICERIA PARA SILLAS.



FIG. 6—UN GRUPO DE MODELOS PARA EL ESTÍO

La incertidumbre de la felicidad es más cruel que la certidumbre de la desgracia.

Si todos nuestros sueños se realizaran, muy pronto acabaríamos de soñar.

No se duerme sin soñar sino cuando se vive sin esperanza.

Hay en la vida horas mortalmente tristes en que ni el amor puede darnos un recuerdo siquiera.

Todas nuestras alegrías están hechas de dolores, porque lo mejor que tienen es el deseo.

H. CONSCIENSE.

En materia de moral, la moda es para el mundo el más intolerante de los censores.

A. SOREL.

Con el próximo número se repartirá á los señores abonados de este periódico, la novela que como prima corresponde al mes de Agosto.